

## Introducción

Continuamos esta correspondencia con la misma preocupación y con la misma intención de siempre: avanzar en la lucha por el comunismo, o por la comunidad humana mundial, intentando soslayar el activismo a cualquier precio –reformismo o terrorismo– y la total pasividad –lúdica o lúcida.

Queda claro que cuando hablamos de comunidad humana o comunismo no estamos hablando de una idea o de un ideal, sino de la superación histórica del capitalismo, superación entendida como fin de la ley del valor, del trabajo asalariado, del Estado... es decir, como fin de la Economía y de la Política, dando paso a un nuevo tipo de actividad humana. No estamos hablando de un ideal utópico sino de una posibilidad real que tenemos los hombres de plantearnos y resolver los problemas de nuestra convivencia más allá –y en lugar de– las actuales relaciones sociales vigentes en todo el mundo. Pero entendemos que tal posibilidad pasa por la destrucción del actual modo de producción, de distribución y de vida capitalista, cualquiera que sea su forma de gestión.

La actividad del capital ha vuelto hoy utópicos todos los reformismos, viejos –sindicalismo, parlamentarismo– y nuevos –ecologismo, feminismo, cotidianismo–. La actual crisis de civilización capitalista deja fuera de lugar cualquier posibilidad de reforma. Disminución del gasto público, disminución del poder adquisitivo, aumento de la productividad, aumento del control por el Estado de todas las instancias de nuestra vida... esta es la página diaria en todos sus periódicos en los pocos países en que no es el hambre y la muerte tal cual la realidad cotidiana. El capitalismo ya no hace suya la ideología progresista, sino la del mal menor, sometiéndonos continuamente al chantaje de hacernos escoger entre lo malo de –nuestra vida actual– y lo peor –dictadura, guerra– para que optemos siempre por una de las distintas soluciones capitalistas y no contra todas ellas, por el comunismo.

Si no reformas, ¿qué hacer? Los tiempos no son tan malos, ni tan distintos. Si alguna cosa ha tocado a su fin no es precisamente la sociedad de clases sino un cierto discurso «revolucionario». Por eso creemos aún lo más nuevo el viejo proyecto proletario. No quiere decir esto que nada de lo que pasa en el actual reajuste del Capital carezca de importancia. Queremos analizar lo que pasa desde la perspectiva comunista. Queremos comprender toda la complejidad del actual sistema, sin simplificaciones ni dogmas preestablecidos, para conocerle los fallos y aprovecharlos. Queremos entender el movimiento social que atenta contra el Capital, comprender qué hace el proletariado y qué relación tiene este hacer con el comunismo, qué relación hay entre su lucha inmediata y la lucha contra el salario. Queremos avanzar en la lucha por el comunismo y en el trabajo práctico y teórico que tal actividad conlleva... y reforzar los lazos entre todos los que esto queremos.

Estas páginas están pues abiertas a todos los que, para esto, las queráis utilizar. Hoy lo hacen:

- un grupo de Irán que afirma su oposición a la guerra inter-imperialista Irán-Irak, texto que nos llegó a través de los compañeros de *Comunismo*.
- una compañera de Brasil y un compañero italiano hablándonos sobre la realidad social de su país.
- los compañeros de *La Guerre Sociale* en un texto que fue su contribución en una reunión de Toulouse.
- nosotros que hemos discutido sobre las ocupaciones de Gallecs y sobre Marx y el comunismo. Aquí lo tenéis. ♦

# MARX Y EL COMUNISMO

A fuerza de leerlo —al comienzo mal y a escondidas—, a fuerza de hacer nuestro su anhelo y su empeño por acabar con la vida actual enajenada para dar paso a otro tipo de actividad humana, sin trabajo asalariado, a otro tipo de sociedad sin Capital y sin Estado..., llegamos a sentirnos con él como entre amigos. Hoy, en el centenario de su muerte, cuando su nombre es utilizado en los países llamados socialistas para justificar una de las mayores empresas de enajenación y sometimiento, y en los países capitalistas tradicionales para elaborar el mejor antídoto para el comunismo, queremos recordar al amigo afirmando nuevamente la actualidad del comunismo.

No pretendemos fetichizar un nombre. El movimiento del que él formaba parte no saca su poesía del pasado sino del porvenir. No tiene necesidad de mártires ni de héroes, sino de la voluntad de la clase más numerosa y más pobre. Su actividad y su pensamiento, aunque muchos de sus análisis sean vigentes hoy —la sociedad capitalista que analizó y combatió es en mucho, aunque en otro estadio de su desarrollo, la nuestra—, tienen los límites del siglo XIX. Pero no queremos ahora determinar estos o valorar aquellos. Intentaremos en otra ocasión hacer nuestra crítica comunista de Marx. Sencillamente lo que ahora queremos subrayar es que la empresa que lleva su nombre —el marxismo— es una ideología y una práctica social contrarias al comunismo, para, a partir de aquí continuar por el camino común que une a Marx con los utópicos y avanzar práctica y teóricamente hacia el comunismo

Es durante la I Internacional cuando los bakuninistas acuñan la palabra «marxistas» para aplicarla a la fracción en la que está Marx designándola como autoritaria. Pero sólo a la muerte de éste, y ya en el discurso fúnebre de Engels, el marxismo se constituirá en doctrina, cuando se conocen apenas una mínima parte de los escritos de Marx y se hace caso omiso de su réplica a sus primeros seguidores: «por lo que a mí hace, de una cosa estoy seguro, es que yo no soy marxista». Sería difícil encontrar un pensamiento que en su propio nombre haya sido más deformado, más ideologizado que el de Marx. Marx desarrolla —aunque muy sucintamente pues a ello iba a dedicar una parte de su obra inacabada— la crítica del Estado: «la existencia del Estado y la existencia de la esclavitud son inseparables» escribía en 1844, y el marxismo se convierte en una ideología de Estado, y su práctica, en el reforzamiento del Estado más fuerte que jamás

haya existido. Marx efectúa la crítica de la realidad económica burguesa y de su expresión ideológica la Economía Política, y el marxismo se convierte en una ideología de la producción, del despegue económico, del desarrollo, del trabajo forzado y de la extorsión planificada de plusvalía. Marx entiende la revolución comunista como destrucción de la vieja sociedad (Capital, Estado...), como la emancipación de los trabajadores hecha por los trabajadores mismos, y las revoluciones hechas en su nombre han llevado a su forma superior al Capital y al Estado (capitalismo de Estado) y han perpetuado la existencia de la clase trabajadora. Con el marxismo la teoría crítica marxiana se convierte en ortodoxia; el análisis histórico de Marx, abierto a todas las instancias que configuran la realidad social, queda fijado con el materialismo histórico y dialéctico en un puro determinismo económico; la *gemeinwesen*, la comunidad, el ser humano colectivo, se convierte en su mayor sarcasmo: «el socialismo realmente existente» según la autodefinición de los actuales dirigentes comunistas.

Octubre 1917 recapitula la empresa marxista, instaurando un capitalismo de Estado. El mito de Octubre hace su curso alimentado por la III Internacional, aunque socavado continuamente por los acontecimientos: Hungría 1950 mostrará agudamente la realidad de los carros realmente existentes. Igualmente Polonia 1970 y 1976, y Checoslovaquia 1968. Y aún hoy, el proletariado polaco nos ha vuelto a mostrar la naturaleza del socialismo realmente existente.

Marx supo leer el movimiento comunista del proletariado del siglo XIX y realizó una de las mayores síntesis de aquél. Ya Dézamy y los comunistas materialistas —por delante de los socialistas utópicos (owenistas, cabetistas, fourieristas...) que pretendían construir una sociedad nueva al exterior del capitalismo, sin destruir a éste— habían avanzado en el contenido de este movimiento comunista ligando el comunismo a la revolución que lo hace posible: revolución contra el capitalismo llevada a cabo por una fuerza social, «los obreros de las ciudades y de los campos cuyo trabajo depende de causas fuera de ellos». Marx, siguiendo esta orientación, profundiza en tal contenido: En el capitalismo el hombre, mediante el trabajo, queda desposeído, desappropriado de su humanidad. El comunismo como superación positiva de la propiedad privada (privativa) en cuanto auto-extrañamiento del hombre es la apropiación real de la esencia humana por y para el hombre. Es el fin del

trabajo y el comienzo de una nueva actividad, puesto que el trabajo no es más que una expresión de la actividad humana dentro de la enajenación. Nueva actividad no enajenada, comunidad humana, he ahí todavía la urgente novedad del viejo programa del proletariado que no reivindica ningún derecho particular porque no sufre ninguna injusticia particular sino la injusticia general.

Hoy nosotros continuamos en tal empeño. Precisémoslo. Al hablar del comunismo o de la comunidad humana mundial, no estamos hablando de un ideal inaccesible, ni del cielo sobre la tierra, ni de una sociedad sin mediaciones, con relaciones totalmente transparentes, que dejaría ya de ser una sociedad humana, ni del fin de todos los problemas... sino de una cosa mucho más concreta: de la superación histórica del capitalismo y de la posibilidad real de plantearnos y resolver algunos de aquellos. El comunismo no es el fin de la historia, no es en sí mismo la finalidad del desarrollo humano, la forma de la sociedad humana; sí es el fin de la prehistoria humana. No es tampoco el retorno a un paraíso perdido, o la concreción de una tendencia inherente de la naturaleza humana, o la recuperación de las formas reminiscentes de la comunidad; sino una posibilidad de realización de la socialidad de los individuos más allá de las formas de la sociedad civil, a partir del potencial comunitario de la subjetividad proletaria. Con el surgimiento del proletariado aparece la posibilidad de romper con las reminiscencias. Aquél ya no necesita referirse al pasado para fundamentar su noción de comunidad, sino proyectar su propia práctica contradictoria en el Capital en proceso. Implica pues el comunismo una crítica de las realizaciones y aspiraciones comunitarias –qualistas, anabaptistas, humanistas (Campanella, Moro), utópicos...– como intentos reminiscentes,

recuperadores del pasado. No es tampoco el comunismo una necesidad, sino una posibilidad real ligada al proceso del capital, a la voluntad del proletariado y al azar.

El comunismo es la negación del capitalismo. Entender a éste es imprescindible para comprender aquél. El capitalismo es un modo de producción, de distribución y de vida. Su negación, pues, so pena de reproducirlo a un más alto nivel, no puede quedar fijada en uno solo de estos aspectos. La negación del capitalismo entendido, por ejemplo, sólo en su aspecto de distribución y de gestión (el tipo de crítica a que lo ha ido reduciendo el marxismo), se queda en una crítica antiburocrática, por un mejor reparto del producto..., que deja intacto el modo de producción de mercancías y la fuerza de trabajo como mercancía. Hay capitalismo si hay valorización del Capital, si hay trabajo asalariado, aunque no haya burguesía. Es en la totalidad del modo de producción, distribución y modo de vida regidos por la ley del valor donde se desentraña la naturaleza del capitalismo y la de su posible negación, el comunismo. No podemos pensar éste con las categorías de aquél: Economía, Política, Trabajo,... (como si se tratara de menos trabajo y más tiempo libre, de más democracia, de un trabajo atrayente y un salario justo,...). El comunismo es un nuevo tipo de actividad humana a partir del fin del trabajo; es decir, de la forma capitalista de la actividad humana, a partir del fin de la Economía y de la Política.

Negando el capitalismo, el proletariado puede, negándose a sí mismo, construir el comunismo. Puede no hacerlo. No vemos hoy trazos firmes de esta negación. Nada nos asegura que no pueda hacerlo.

Etcétera



«La disposición a dar pasos revolucionarios no requiere una consecuente conducta de oposición anterior al primer acto independiente; una clase obrera apática en ciertas condiciones puede exaltarse en condiciones distintas. Como ésta es la clase que resultará más profundamente afectada por un cambio de la suerte de la producción de capital, o por escapatorias bélicas del capitalismo, puede ser, con toda probabilidad, que sea la primera que rompa con la ideología unidimensional del dominio capitalista. Pero tampoco hay ninguna seguridad de ello. Hay sólo una posibilidad, (...). Pero se trata sólo de una posibilidad, no porque parte del proletariado quede fuera del proceso de integración capitalista, sino porque el capital puede destruir el mundo antes de que surja una oportunidad para pararle los pies. La integración en la muerte es la única integración que el capitalismo puede realmente obtener. Sin esta integración final el hombre unidimensional no durará mucho. Desaparecerá con la primera crisis de la economía capitalista, en los baños de sangre que el orden capitalista le está preparando ahora. El capitalismo, en la cumbre de su fuerza, es también máximamente vulnerable; no puede ir más que hacia su muerte. Por pocas que sean las posibilidades de rebelión, no es éste el momento de arrojar la toalla.»

P. Mattick

# SOBRE LA SITUACIÓN EN BRASIL

**A**ntes de abordar la cuestión obrera, es preciso resumir la situación económica y política del Brasil tras el golpe de Estado de 1964.

Las fuerzas que entonces tomaron el poder representan la alianza entre los gestores civiles y militares, la burguesía nacional y el capital multinacional. En el primer período (1964-68) del nuevo régimen, los capitalistas privados tuvieron la hegemonía en dicha alianza. Los gestores militares se limitaban a las tareas de defensa y seguridad del régimen. A medida que la dictadura se fortalecía, los gerentes del Estado aumentaban su fuerza y, en 1968 –con el Acta Constitucional nº 5, que sometía a la Ley de Seguridad Nacional toda forma de disidencia con el régimen–, pasaron a dirigir la triple alianza, abriendo con ello el segundo período (1968-74) del Estado burocrático, la fase más represiva y autoritaria del régimen militar. Apoyándose en las fuerzas represivas para garantizar la pasividad de los trabajadores y de los opositores en general, las fuerzas en el poder pudieron aplicar una política económica autoritaria y planificada orientada a lograr una rápida acumulación de capital. El modelo económico que hizo posible dicha acumulación se basaba en tres elementos: mantener un bajo nivel de salarios (sobreexplotación de la fuerza de trabajo), el endeudamiento exterior, y una economía orientada hacia las exportaciones (aunque el Brasil controla tan sólo un 10% de lo que exporta, siéndolo el resto por los países importadores) y hacia el consumo de las clases dirigentes y asalariadas con alto nivel de vida.

Esta política benefició al capital en general, a las empresas del Estado y sobre todo a los capitalistas de los sectores I (bienes de producción) y III bienes de consumo durable, ligadas en su casi totalidad al multinacional. La presión sobre los salarios permitió la concentración de capitales en los sectores I y III, que no dependen de la formación y desarrollo de un amplio mercado interior. A medida que el Estado baja a un más directo control por parte de los gestores civiles y militares, adquiere una cierta autonomía, con posibilidad de actuar de acuerdo con los intereses de su clase. Así, el régimen militar reforzó a la clase de los gestores del Estado. Según una encuesta realizada en 1980 (revista *Visao*), 83 de las 200 mayores empresas estaban controladas por el Estado; 78 por el capital privado nacional y 39 por el capital privado extranjero. Pero mientras el llamado «milagro brasileño» –basado en la represión y explotación de las clases laboriosas–

continuaba funcionando, estos capitalistas no manifestaban oposición alguna. Las cosas comenzaron a cambiar con el fin del «milagro» y las primeras manifestaciones de la crisis económica mundial, en 1973. La disminución de la plusvalía a repartirse entre las distintas fracciones de la clase dominante incitó a los capitalistas privados a defender de nuevo las virtudes del sistema democrático y los principios de la libre empresa... Los capitalistas del sector bienes de producción –que, sin embargo, se habían aprovechado a fondo de la dictadura militar– fueron los que tomaron la cabeza de las fuerzas de presión activando por la apertura política del régimen: habían comprendido que también el desarrollo de su sector estaba amenazado por la falta de desarrollo del sector de bienes de consumo popular. Por otra parte, esta presión de los capitalistas privados fue la que dió fuerza a la tendencia «democrático-reformista» existente entre los gestores del Estado. En 1974 se inicia, con el gobierno Geisel y a continuación con Figueiredo, la fase de transición bajo control de un régimen tecnocrático dirigido por los militares hacia un régimen tecnocrático dirigido por los civiles. Este régimen se pretende una democracia restringida en la que la alianza entre las diversas clases dirigentes se refunda en nuevos moldes. En esta perspectiva se sitúan las elecciones del 15-11-82. La victoria del PMDB –una coalición que va desde sectores de la izquierda tradicional hasta ex-ministros de la dictadura militar y ex-militantes del partido gubernamental– no significa en absoluto un cambio sustancial desde el punto de vista de los trabajadores. En la fase actual de crisis mundial del capitalismo, el PMDB –que ha visto elegidos gobernadores suyos en varios estados del Brasil– se presenta como el administrador de la crisis. Sus gobernadores se encontrarán enseguida ante el dilema: o reprimir a los trabajadores y continuar a la cabeza del respectivo Estado, o no hacerlo y ser reemplazados por el poder central, ya que no habrán cumplido su misión. El gran derrotado de estas elecciones fue el Partido de los Trabajadores, lo cual en cierta forma muestra su exterioridad a la clase obrera, que había comprendido la posibilidad potencial de ver a dicho partido convertido en el brazo izquierdo del Estado.

Estos años de acumulación rápida de capital se tradujeron para la clase obrera en una degradación de sus condiciones de vida y de trabajo. A fines de los 70 el índice de accidentes de trabajo en el Brasil era uno de los más altos del mundo. En 1981 la inflación

superó el 100%, sumándose a la situación de sobreexplotación permanente y agravando las condiciones infrahumanas de vivienda, transporte, alimentación, higiene y educación. A pesar de la masiva instalación de empresas multinacionales, dotadas de las más modernas técnicas de producción, en los sectores dinámicos de la producción las condiciones de trabajo no han cambiado. Al contrario, se ha podido ver a firmas como la Volkswagen introducir en sus fábricas uno de los sistemas policíacos más represivos que se conocen. Todo ello ha contribuido a crear una situación de revueltas y explosiones latentes que se ha traducido en un reforzamiento de la represión. La ley de huelga y la reforma del sistema de indemnizaciones ha terminado con la estabilidad en el empleo, haciendo posible una más constante renovación de la mano de obra. Esto ha permitido mantener los salarios muy bajos y ha dificultado el desarrollo de las luchas obreras. Puesto que estaban prohibidas todas las asociaciones, a la clase obrera tan sólo le quedaba el sindicato. Y en el Brasil el sindicato es una institución burocrática atada al Estado, controlada por el Ministerio del Trabajo, y totalmente incapaz de defender la menor reivindicación obrera. Esta estructura fue creada en los años 30 cuando el Gobierno respondió a un movimiento obrero organizado –de fuerte tendencia anarquista– con una serie de medidas legales que dieron nacimiento a una organización muy rígida dividida a cuatro niveles. En la base del sistema se encuentra el sindicato, cuya zona de funcionamiento legal es el distrito administrativo. Las Federaciones tienen por base territorial un Estado o una región, y coordinan los sindicatos según las categorías profesionales; la sede de las Federaciones se encuentra en las capitales de los diferentes Estados. Las Confederaciones reagrupan a nivel nacional a los sindicatos de una misma categoría profesional. En un sistema de este tipo no hay central sindical, y la cima es ocupada por el Ministerio del Trabajo, el cual controla todos los sindicatos e interviene en sus actividades. El sindicato reagrupa a los trabajadores por oficios o categorías profesionales. Se trata de una estructura en la que cada categoría queda aislada según la rama industrial, sin posibilidad alguna de vida intersindical legal. Entre otros, el Ministerio del Trabajo tiene el poder legal de intervenir en los sindicatos, revocar a sus dirigentes y anular la autorización de existencia de los sindicatos. Este poder ha sido utilizado de forma intermitente tras el golpe de Estado de 1964, impidiendo la formación de direcciones más combativas dispuestas a batirse por las reivindicaciones de los trabajadores. Su función es esencialmente asistencial. El Estado recupera directamente las cantidades –el equivalente a un jornal

por año– descontadas a los asalariados sindicalizados. Esta suma es controlada por el Ministerio del Trabajo, dedicándola a la compra de bienes inmobiliarios y a la asistencia médica, y el sindicato no tiene ningún derecho de decisión en su utilización. Por ejemplo, está prohibido utilizar los recursos del sindicato para financiar la prensa sindical. Y el que cada candidato a las elecciones sindicales tenga que presentar certificados de acuerdo ideológico con el régimen, aparta a los militantes con experiencia y fichados por la policía política. Este tipo de sindicalismo especialmente cercano a los intereses patronales, es apoyado por el PC brasileño, el cual ve en la posibilidad de ganar algunos sindicatos una forma de controlar el movimiento obrero.

Todos estos elementos contribuyeron al nacimiento de la oposición sindical y de lo que se ha dado en llamar «sindicalismo auténtico». Estas dos tendencias luchan por la autonomía de los sindicatos respecto del Estado y son independientes de los partidos políticos. Hasta los años 80 no aparecerá el partido de los Trabajadores agrupando a algunos sindicalistas de oposición y a casi todos los «auténticos». Estos últimos luchan contra la estructura sindical existente participando en ella. Por el contrario, los sectores más radicales de la oposición sindical centran mucho más su actividad en la organización de los trabajadores a partir de sus lugares de trabajo, que en la conquista de los aparatos sindicales. El problema con el sindicalismo «auténtico» es que, por combativa que sea la dirección elegida, siempre encuentra los límites del sindicato oficial, y esto acaba por determinar una práctica muy limitada en la defensa de los intereses de la clase obrera. Hasta el momento presente, ninguna dirección «auténtica» ha logrado eliminar la separación existente entre la dirección y la base de los sindicatos. Estos dirigentes –inicialmente elementos activos del mundo del trabajo en las fábricas– se van convirtiendo en víctimas de la inercia burocrática y de los límites impuestos por el sistema sindical oficial. Aunque defienden la autonomía sindical respecto de los partidos políticos, en realidad reproducen la misma visión divisionista de los partidos en lo que se refiere a la práctica social, ya que separan la lucha económica de la lucha política. Lo prueba la creación del Partido de los Trabajadores. En este sindicalismo «auténtico» subyace una fuerte tendencia a acomodarse a los límites del sistema capitalista. Y en la medida en que es más representativo de la clase obrera, está en mejores condiciones para recuperar el sindicato en tanto que estructura de canalización y encuadramiento de las luchas obreras. En este sentido, sus objetivos podrían confluir con los de un capitalismo moderno, altamente desarrollado, concentrado esencialmente en

el eje Río-São Paulo. No es casualidad el que las direcciones «auténticas» intenten subordinar todas las luchas recientes de las bases a los intereses y objetivos del sindicato.

Por el otro lado, la oposición sindical de Río y São Paulo tiene como principal reivindicación imponer el reconocimiento de las Comisiones de fábrica. De todas formas, es preciso diferenciar las distintas concepciones existentes en el seno de dichas comisiones. Los «auténticos» ven las comisiones como simples prolongaciones del sindicato: incluso se podría decir que las consideran como secciones sindicales. En el transcurso de la gran huelga de 1981 contra los despidos, los obreros de la empresa Ford de S. Bernardo do Campo (periferia de São Paulo) crearon una comisión que terminó siendo subordinada al sindicato dirigido por los «auténticos». Tras las negociaciones entre el sindicato y la patronal se publicó un texto que reglamenta el funcionamiento de la comisión. En él se lee: «La tarea de la Comisión es representar a los empleados en los procedimientos internos de reclamaciones y en las reuniones con los representantes de la Dirección concernientes a lo discutido: demandas, sugerencias y propuestas de interés común». Queda así claro que la función de la Comisión de fábrica es tan sólo proponer, mientras que todas las negociaciones son efectuadas por el sindicato. Dependiendo éste directamente de Trabajo, la Comisión pierde de inmediato cualquier autonomía y queda a la merced de la mayor o menor combatividad de los dirigentes que ocupen la dirección sindical. Con una perspectiva así, todo núcleo activista surgido de la lucha de la base en las empresas teme ser recuperada por las direcciones sindicales, y ello en la medida en que éstas no ven en las Comisiones otra cosa que organizaciones a utilizar y dominar excluyendo y eliminando a todos los elementos que se resistan a ser manipulados. Muchos patronos, conscientes de la ineficacia de los sindicatos oficiales, incitan a la creación de Comisiones de fábrica en sus empresas, buscando así impedir que cuaje cualquier intento autónomo de organización de los trabajadores. Este fue recientemente el caso en Volkswagen, Massey-Ferguson y Metal Leve. El objetivo es crear, a partir de los lugares de trabajo, instituciones de colaboración entre obreros y empresarios. En el sector metalúrgico de São Paulo, la mayoría de los acuerdos salariales firmados en 1978 lo fueron con las Comisiones. En 35 empresas la dirección ha reconocido a las Comisiones y en 13 casos se han convertido en organizaciones estables durante un año o dos.

Esta situación es extremadamente ambigua. Por un lado, hay entre los patronos de las ramas industriales

más modernos un cierto consenso en que la estructura sindical existente ya no es capaz de cumplir su papel de mediador en los conflictos entre capital y trabajo: ello les empuja a apoyar la creación de Comisiones de fábrica. Por otro lado, no se puede ignorar que lo que se expresa en muchas de las Comisiones creadas espontáneamente por los trabajadores son otros objetivos. Esencialmente, la lucha contra la organización despótica en las fábricas y la jerarquía de salarios impuesta en nombre de la racionalización de la producción. Al contrario que en el pasado, hoy se puede afirmar que el enfrentamiento fundamental ya no es entre la sociedad en general y la dictadura sino, en el interior de cada fábrica, entre trabajo y capital. La empresa vuelve a ser el lugar privilegiado de la lucha de clases.

En los sectores más radicales de la oposición sindical, las Comisiones no son vistas como una prolongación del sindicato, ni tampoco como una alternativa a él. Más bien constituirían una nueva forma de organización obrera contra la organización capitalista del trabajo. A lo largo de su corta experiencia, estas Comisiones han expresado cada vez una ruptura en el orden y la jerarquía de la empresa, rompiendo las limitaciones de la comunicación entre los obreros, imponiendo nuevos ritmos y a menudo buscando comprender colectivamente las nuevas tecnologías en el proceso de producción. Desde este punto de vista, las mencionadas Comisiones no tienen nada que ver con las que son resultado de iniciativas patronales, ni tampoco con las defendidas por los «auténticos». Todo lo contrario: nacen de la acción proletaria autoorganizada, incluso si su advenimiento es muy puntual. Un ejemplo de este tipo de luchas: la huelga de 40 días de los obreros de la FIAT de Río, en 1980. Totalmente organizada y sostenida por los propios trabajadores, esta huelga se caracterizó por la práctica de la democracia directa y la autonomía total respecto de las tendencias políticas y del sindicato. Este, apoyado por el PC, se opuso por todos los medios a las luchas, desmovilizando todo apoyo exterior y presentando la huelga como una peligrosa aventura llevada adelante por elementos irresponsables. O en São Paulo, donde los trabajadores de ASAMA (metalúrgia) han creado una Comisión cuyos estatutos prevén -por primera vez en la historia del movimiento obrero brasileño- la revocabilidad de los miembros de la Comisión por la asamblea de trabajadores. Bien entendido, también esta vez el sindicato -apoyado igualmente por el PCB- se negó a reconocer a la Comisión como representativa.

La práctica de los sectores más radicales de la Oposición sindical plantea hoy varias cuestiones importantes. En primer lugar, ¿qué relaciones

establecer entre las Comisiones de fábrica, estructuradas de manera horizontal, y los sindicatos, que –incluso los dominados por los «auténticos»– son organizaciones verticales aunque tengan el reconocimiento de los trabajadores? ¿Cómo mantener la organización en la fábrica una vez terminada la lucha? ¿De qué manera se puede ser fiel a la democracia en las decisiones, cuando la represión de la patronal y el Estado dentro de las fábricas a menudo obliga a un activismo casi clandestino? ¿Cómo hacer frente a las tendencias reformistas, que constituyen una parte significativa de la Oposición sindical y del sindicalismo «auténtico», cuyos lazos con la socialdemocracia europea son conocidos?

La grave situación actual en que se encuentra la economía brasileña –con una deuda exterior de 80 mil millones de dólares y bajo control del FMI– anuncia un endurecimiento de las tensiones sociales en los próximos años. Tan sólo el desarrollo de la lucha de clases traerá una respuesta a estas cuestiones y nos dirá si encontraron solución en beneficio de la clase obrera o si, por el contrario, habrá una reformulación de las alianzas de clase y de los proyectos políticos de la burguesía que someta a la clase obrera a nuevas formas de explotación y de encuadramiento político y sindical.

Sáo Paulo. Diciembre 82/Enero 83



## OCUPACIÓN Y PROPIEDAD PRIVADA: Reflexión a partir del ejemplo de Gallecs

**D**urante los últimos años se han generalizado, tanto en España como en otros países europeos, las ocupaciones de viviendas deshabitadas por familias o personas que no tenían (o no se habían buscado) lugar donde vivir.

Esta nota la he elaborado a partir de la experiencia vivida en Gallecs, zona expropiada por el Gobierno español, a 20 km. de la ciudad de Barcelona, con la intención de construir una ciudad satélite y que se quedó en simple proyecto, con más de 50 casas deshabitadas y 1.500 hectáreas de terreno rural disponible.

Poco después de efectuarse la expropiación y posterior abandono del proyecto (a principios de la década de los setenta), la inmensa mayoría de los campos de cultivo fueron «ocupados» por los campesinos de los pueblos vecinos, gracias a la posibilidad de cultivar amplias zonas mediante el uso de tractores. El criterio ha sido de tipo inmedatista: sembrar cereales y efectuar la cosecha con el mínimo

empleo de abonos y, sobre todo, de mano de obra. En este sentido, puede hablarse de una auténtica degradación ecológica, ya que muchas tierras actualmente sembradas de cereales eran antiguos viñedos o zonas de regadío.

Otra ocupación ha sido la efectuada a lo largo de los cauces de los riachuelos para la creación de pequeños huertos familiares. En este aspecto, Gallecs participa del fenómeno de los llamados «huertos clandestinos» del cinturón industrial de Barcelona, con toda la problemática de exponentes de la economía de supervivencia de obreros en paro, de retorno esperpéntico a la tierra por parte de los habitantes de suburbios, etc., etc. Con toda una picaresca de derechos, compra-venta de parcelas, distribución del agua, dignas de un estudio sociológico.

En algunas casas, principalmente pisos y torres del centro urbano de Gallecs, se ha dado asimismo un fenómeno de ocupación por parte de gente procedente de las poblaciones vecinas, aprovechando la

oportunidad que se les brindaba y, a menudo, previo pago de una cierta cantidad de dinero, a los guardias municipales encargados de la vigilancia de la zona. La ideología de estas ocupaciones es la común de todo tipo de urbanizaciones populares, directamente conexas con la propiedad privada de la propia parcela.

Finalmente quedan las supuestas «ocupaciones ecológicas», principalmente de las casas de campo que quedaron abandonadas y fuera de las zonas urbanizadas. La pequeña historia de estos últimos años ha demostrado la debilidad del movimiento ecológico catalán que no ha sabido aprovechar la oportunidad de hacer ninguna experiencia importante en una zona cercana a Barcelona y con una superficie de 1.500 ha. En cuanto a las ocupaciones de masías, tanto a nivel familiar como de colectivos, se ha revivido el esquema de ocupación versus derecho de propiedad, en el sentido de que quien ocupa una casa tiene derechos sobre la misma y sobre la futura incorporación de nuevas personas en el mismo espacio. Mentalidad todavía más regresiva cuando la realizan personas que decimos «rechazar el Sistema» y que practicamos este pseudo derecho de propiedad sobre bienes públicos.

La valoración de estos hechos me parece relativamente fácil. La ocupación es, en la tradición humana, una de las múltiples formas de acceder a la propiedad privada. Por consiguiente, es normal que las ocupaciones modernas que se efectúan en la sociedad industrial por personas socialmente marginadas tengan tendencia a convertirse en maneras de acceder a la propiedad privada, objetivo deseado de quienes las practican. El fenómeno debe interpretarse a la luz de otros caminos de lograr la propiedad privada que pueden parecer contradictorios

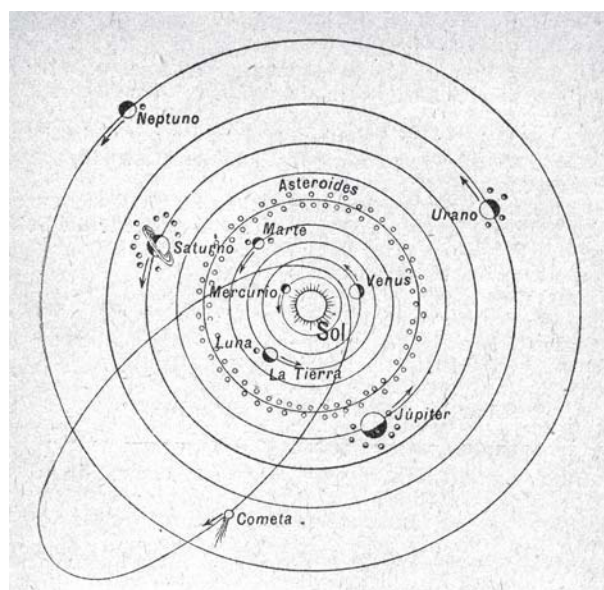
a primera vista pero que están perfectamente acordes con el sistema. El caso más evidente es el del robo: el ladrón se apropia de bienes ajenos para convertirlos en pertenencias propias que defiende de manera radical.

Por consiguiente, no son las ocupaciones las que indican el nacimiento de un nuevo esquema revolucionario. Los verdaderos signos revolucionarios nacen de los intentos de vivir fuera de los esquemas de propiedad privada, tanto si se practican ocupaciones de viviendas como si se ensayan otras modalidades.

Sin embargo, concretando en el tema específico de las ocupaciones, creo que pueden ser auténticas formas revolucionarias de actuación. Todo hombre tiene derecho a una vivienda justa. Por tanto, ocupar un espacio para ejercer este derecho es algo connatural con la naturaleza humana. Pero esta ocupación debe ser solidaria con el derecho de los demás hombres y «tu ocupación» no tiene sentido si queda alguien sin espacio vital donde protegerse.

En el caso concreto de Gallecs, lo que lamento es que el fenómeno de las ocupaciones no haya generado este movimiento solidario, en el sentido que «el defender tu propio espacio vital» no haya conllevado de modo simultáneo el promover «que todos encuentren el propio espacio vital». Pienso que es importante lograr una síntesis entre el derecho a la intimidad y el derecho a la solidaridad. Todo ello en un contexto de uso en común del patrimonio colectivo que es la Tierra sin caer en las parcelaciones que supone la propiedad privada, incluso si no juega la especulación del suelo.

Etcétera.





# HACIA LA COMUNIDAD HUMANA

Este texto, traducido de *La Guerre Sociale* nº 5, fue la contribución escrita de los compañeros de esa revista a la reunión de Toulouse de 1982 que tenía por temas: 1º) la situación internacional; 2º) la intervención y la organización de los revolucionarios; 3º) la relación entre la transformación de la «base económica» y la transformación del conjunto de la «vida social».

## I

La crisis económica y el peligro de guerra minan progresivamente el mundo capitalista. Se pone en tela de juicio –y no sólo a través de algunos conflictos locales– el propio sistema de orden social establecido a partir de las zonas de ocupación y de la relación de fuerzas salidas de la segunda guerra mundial y que se han perpetuado en una fase de prosperidad capitalista.

Hemos entrado en una fase de inestabilidad donde los equilibrios políticos, económicos, financieros y militares, se transforman, y en la cual las relaciones entre las clases se modifican. El capital, que creía haber acabado con las crisis económicas, no llega a desprenderse de la segunda gran crisis económica del siglo XX. Durante un primer período consecutivo a la recesión de 1974, la mayoría de dirigentes y su propaganda han valorado mal las causas y la importancia de la crisis. Se debía al petróleo; bastaba con saber conducir la «reestructuración económica»...

La persistencia de la crisis económica, la falta de perspectivas políticas algo halagüeñas, han minado la confianza del capital consigo mismo. La renovación electoral, la llegada al poder de Thatcher, Reagan, Mitterrand, que pretendían de distinta forma yugular la crisis, de ningún modo permiten al capital hacer creer que ha encontrado finalmente una solución. Todo el mundo sabe que el neo-liberalismo de la derecha y el estatismo de la izquierda son incapaces incluso de impedir que el paro y la inflación aumenten. Incluso son los propios consejeros económicos y portavoces gubernamentales quienes, con sus «indiscreciones» manifiestan la poca fe que tienen en el optimismo oficial que no obstante deben sostener.

A falta de poder ilusionar sobre mejoras futuras o hacer un verdadero cambio político, los medios de comunicación y los políticos presentan el peligro de guerra y explotan la incertidumbre con la finalidad de aunar fuerzas. Le queda siempre al capitalismo la posibilidad de pretender que es el «menos peor» de los posibles sistemas sociales. El campo de enfrente, sea el Oeste o el Este, demuestra para cada sector que se puede hacer peor.

Este real callejón sin salida en que se encuentra el capital y que querría hacerlo pasar por un impase de la humanidad como tal, no ha permitido una reafirmación de la esperanza en una transformación revolucionaria del viejo mundo. Lo que parece dominar ante cualquier proyecto positivo es más bien el escepticismo, y especialmente entre los mismos que rechazan esto de «aunar fuerzas».

¿Y Polonia? Los movimientos huelguísticos, que han forzado al estalinismo, una vez más, a desvelar su carácter represivo y de clase, son una reacción a las dificultades específicas de los países del Este, al mismo tiempo que una reacción a la crisis económica mundial. La fuerza y la debilidad de la lucha del proletariado van a la par con la interpenetración económica entre el Este y el Oeste, y con la competencia política entre democracia liberal y estalinismo.

Pero, y las dos cosas van unidas, por una parte los obreros polacos no han logrado hacer surgir su propia perspectiva de clase contra el estalinismo, y por otra parte su movimiento ha quedado muy aislado. A pesar de revueltas notables, particularmente en Inglaterra, y a pesar de una resistencia real en el plano económico del proletariado mundial, la lucha de los polacos irrumpe sobre la pasividad general. Incluso su cualidad, es también una cualidad sólo relativa.

Fuera de Polonia, el «apoyo» y la explicación de lo acontecido en Polonia, se ha hecho sólo excepcionalmente sobre bases revolucionarias. En Occidente, lo que se ha denunciado en primer lugar ha sido la privación de democracia, y el «apoyo popular» lo acaparan los «salvadores de turno» y otros conciliadores, aunque a menudo se trata de caridad pura y simple.

A partir (y a propósito) de lo acontecido en Polonia, los grupos revolucionarios sólo muy débilmente han podido luchar contra la confusión reinante. La profundización de la crisis no ha aumentado el impacto público de las fracciones revolucionarias, aunque sólo fuera por un refuerzo numérico de los grupos existentes o por la aparición de otros nuevos.

¿Hemos de sacar de nuevo aquella explicación sobre el desfase entre la madurez de la situación objetiva que permitiría la revolución, y las condiciones subjetivas (lucha de clases, conciencia, partido, organización...) que se hacen esperar? Pensamos que no. La constatación, hecha por los revolucionarios de comienzos de siglo, de que las masas obreras continuaban adheridas a la ideología y movimientos capitalistas y reformistas a pesar de su importancia creciente en una sociedad que disponía y desbarataba grandes recursos productivos, les llevó a teorizar un supuesto retraso de las condiciones subjetivas sobre las condiciones objetivas. Esta separación expresaba la dificultad que tenían estos revolucionarios para considerar la inmadurez objetiva del comunismo. Era su propia subjetividad que no podía concebir esta inmadurez y las condiciones sociales, relación entre los hombres y relación de la humanidad con la naturaleza que favorecen o dificultan la revolución.

Aunque sea el mismo dinamismo económico del capitalismo su mejor medio de integración social, el estancamiento y la recesión económica no provocan automáticamente una crisis social, una discusión sistemática de la legitimidad de este orden social y una afirmación de las fuerzas que pretenden destruirlo. Pero hoy, la recesión económica acompaña y refuerza un malestar social, un abismo cada vez mayor entre las aspiraciones de los hombres y lo que la sociedad puede pretender ofrecerles, una degradación de las relaciones internacionales, un deterioro de la relación con la naturaleza.

Viejas ilusiones se desmoronan: culto del progreso, de la ciencia y de la tecnología, valores morales y tradicionales.

Rusia y los países del Este no inspiran ya casi sentimientos exaltados. Y, no obstante, esta evolución no ha favorecido una generalización de las ideas revolucionarias. Lo que se ha expandido ha sido el feminismo, el ecologismo, la reivindicación de «los derechos del hombre» integrándose rápidamente en el puré ideológico. No es el capital lo que se denuncia en los países del Este, sino la falta de respeto a aquellos «derechos del hombre» que el capitalismo siempre ha escarnecido. Más que la explotación del hombre por el hombre, lo que escandaliza es la represión.

Todo esto se corresponde con una carencia de la teoría y de la organización revolucionarias. El primer inconveniente de la teoría revolucionaria, es su marxismo. Su lenguaje lo asimila, lo quiera o no, incluso cuando denuncia la «engañifa» a la ideología que justifica unas formas particularmente inaceptables de explotación y de represión. Quizás, sobre todo, la ideología marxista está banalizada, integrada por el capital: todo el mundo reconoce el predominio de la economía, la existencia de la lucha de clases y será partidario de una sociedad sin clases...

Sobrepasar este obstáculo supone un esfuerzo teórico, una renovación que trataría de comprender el sentido histórico de este doble proceso de integración y de destrucción de las ideas revolucionarias en la ideología dominante, sin que, por otra parte, tuviera que desembarazarse de Marx.

Se ha intentado, de manera dispersa, poner remedio a los defectos de Marx, conocidos sobre todo a través de la ideología social-demócrata, que se reclamaba del maestro. Estos ataques, revisiones y enriquecimientos han quedado más acá de Marx, más acá de la crítica de la filosofía y de la crítica de la política: no habría en Marx más que una apología de la economía, de la política, de las necesidades históricas, del proletariado es decir, una apología del capital contra los capitalistas.

En lugar de hacer la crítica de la economía –es decir, comprender la economía como el enmascaramiento de las relaciones sociales, las relaciones entre las clases- y de ver como estas relaciones entre los hombres se presentan como relaciones entre cosas, como esta relación de explotación se reduce a una relación de intercambio, se dice que la economía no es el todo. Al lado de la economía se hace psicología, cuando de lo que se trataría es de entender de qué manera la economía llega a dominarlo todo y de qué manera tiene que excluir continuamente para fundar su «racionalidad». A esto iban las diversas tentativas freudo-marxistas. En lugar de desvelar la crítica de la economía en Marx y la crítica de la psicología en Freud, la tendencia consiste en corregir y en completar el «economicismo» del uno por el «psicologismo» del otro.

Cualesquiera que sean nuestros esfuerzos, un movimiento revolucionario potente y organizado no aparecerá antes de fuertes cambios sociales. El capital sino es destruido en sus fundamentos, conserva –por su dominio intensivo sobre el conjunto de la vida social– una gran capacidad para integrar, recuperar rebeldías y protestas, marginando las posiciones y las actitudes revolucionarias. No obstante, no deben excluirse irrupciones bruscas del proletariado y ocasiones de intervenir para los revolucionarios, pero esta capacidad de integración impide que la organización y las ideas revolucionarias puedan instalarse contradictoriamente en la sociedad.

En cierto modo hay totalitarismo del capital ya que ocupa toda la vida social y mantiene, también gracias a su potencia técnica, el monopolio sobre las representaciones y las ideas que la sociedad se hace de ella misma. Pero no hay totalitarismo en el sentido de que el capital dominaría su propio desarrollo y superaría sus contradicciones. Éstas pesan sobre la ideología y hacen madurar las condiciones de un altibajo brusco y sorprendente.

## II

No somos de los que consideran que, en el período actual, la revolución no se prepararía más que en el plano de las ideas. Eventualmente, resistiendo a las usurpaciones del capital, como uno pueda, allí donde esté, pero sin que esta actividad, común a los proletarios, pueda religarse a las perspectivas comunistas.

La teoría debe acompañarse de una reflexión sobre sí misma en tanto que práctica. La elaboración y la comunicación de la teoría no pueden hacerse indiferentemente.

No sólo hemos de sostener y participar en las luchas elementales del proletariado, sino que de igual modo hemos de buscar, en tanto que revolucionarios y en la medida de nuestra presencia y de nuestra fuerza, tener peso en la orientación de estas luchas. En efecto, tampoco éstas se dan de manera indiferente, ya que es posible insistir sobre tal o cual objetivo, tal o cual método, en oposición a otros objetivos y métodos.

Este viejo mundo tan sólido, encubre ciertas grietas que hombres resueltos pueden utilizar contra él. Se trata de descubrir las ocasiones de sorprenderlo aprovechando sus debilidades y sus contradicciones.

Los individuos que animan *La Guerre Sociale* no se han quedado arrinconados en la elaboración teórica. Hemos participado, aquí y allí en los conflictos que perturban el orden establecido y que nos conciernen directamente. Hemos intentado aumentar la importancia y la audiencia de las posiciones revolucionarias, al lado de la revista propiamente dicha, difundiendo octavillas y carteles. Nuestra capacidad de intervención ha aumentado, pero ciertamente esto es insuficiente. Demasiado insuficiente como para pretender tener un impacto cuantitativamente significativo a escala de la sociedad. Este aspecto cuantitativo tiene su importancia; de todas maneras, el carácter «molesto» de nuestras intervenciones nos ha permitido ya tener alguna influencia en algunas ocasiones.

Nadie podrá, con un poco de voluntad, de determinación, de astucia o gracias a una intervención sistemática, sublevar el mundo. El capital manifiesta sin cesar su poder. Tiene todavía los medios de aislar a todos los que se le enfrentan, de recuperar o deformar sus actos y propósitos y de reorganizarse teniendo en cuenta la lucha y la crítica. Bloquea la actividad revolucionaria y la degrada en una rutina burocrática, reduce la crítica a un comentario sin garra ni filo.

Es importante para nosotros comprender cada acontecimiento para expresar la posición comunista.

Nos importa poder disponer de nuestras fuerzas plenamente cuando de ello sentimos necesidad, y cuando encontramos la ocasión de «calar hondo». En esto rechazamos la tradición militante, la pasividad en el activismo.

Las cuestiones de la intervención y de la organización, de la forma en que tradicionalmente se plantean –como cuestiones en sí–, nos conduce rápidamente a lo que queremos denunciar: la política. Se manifiesta una incapacidad para salir de la política, para entender la ligazón entre este mundo y los hombres por él producidos y que quieren acabar con él.

Planteando esta cuestión de la intervención en sí, se cae forzosamente en una doble disociación.

En su conjunto, la intervención se opone a la actividad teórica. Por un lado habría la reflexión, las ideas (y eventualmente, la difusión en una publicación). Por otro, habría la acción. Así, bastante arbitrariamente, escribir un texto y difundirlo mediante una revista se considerará como procedente de la teoría, mientras que distribuir una octavilla –difundir ideas– procederá de la intervención. Y de igual forma, también habrá disociación entre la sociedad, que es el objeto, y los revolucionarios que deben intervenir. ¿Qué hacer?

Se nos puede responder que se trata precisamente de acabar con las separaciones: la teoría debería ser practicada y los revolucionarios deberían demostrar que pueden modificar la vida social.

A veces sucede que puede establecerse una separación en el mismo momento en que se pretende, de forma voluntarista, superarla. Sin duda sería mejor preguntarse sobre la realidad y el carácter de estas separaciones y las condiciones de su superación.

La teoría es una práctica, una práctica social, no es la intervención de un espíritu exterior a la sociedad. Pero una teoría, según la época y su propia cualidad, puede corresponder más o menos a un movimiento social, se difunde, se comprende, hiera, «molesta», (en mayor o menor medida).

Nuestra teoría debe tener la ambición de intervenir en la realidad social sin ser un simple comentario crítico de la misma. Si no es contundente y si no es una reflexión sobre una práctica social integrándose en un movimiento más general, será una mala pregunta por más que se le añada una dosis de intervencionismo. Lo importante es empezar por determinar lo que, en una época o en una práctica teórica particular -o en su relación- hace a la teoría inoperante.

Teoría de una práctica de clase y de una práctica revolucionaria, la nuestra tiene la ambición de ser inseparablemente una teoría del conjunto de la práctica humana, de su evolución y de sus contradicciones.

Explicación globalizadora que siempre evita creer que lo ha comprendido todo. Los que apenas andan a gatas, nos dirán refunfuñando que todo esto es superfluo y deja de lado las cuestiones concretas. A no ser que esta «megalomanía» no sea peligrosa y que la aspiración a la totalidad deba conducir a la aspiración totalitaria, que quiere regular toda la vida humana.

Desprenderse de las contingencias es una condición necesaria de la eficacia histórica. No sólo de pan vive el hombre. Este pierde rápidamente el aliento cuando sólo se preocupa de nimiedades, pequeñas tácticas y ventajas alimenticias. Las rupturas y los avances de la humanidad son consecuencia de presiones materiales, pero se corresponden mal con el utilitarismo. Estas mutaciones han reclamado y reclaman todavía la elaboración y el desarrollo de una comprensión del destino humano y de las finalidades de la existencia. Fueron primero las religiones, después el humanismo, el democratismo, el positivismo. En el momento actual será la crítica de la religión y del racionalismo y su superación comunista.

Los revolucionarios en tanto que individuos son resultados sociales e individuos que quieren destruir la sociedad que los ha engendrado. A pesar de que esta sociedad casi siempre llega a limitar su número y a reducir considerablemente su capacidad de intervención.

La cuestión puede desplazarse para preguntarnos cuáles son las condiciones que producen revolucionarios. Más que preguntarnos sobre lo que hay que hacer, preguntémonos sobre la relación entre lucha elemental del proletariado y comunismo, relación que sin duda existe pero que está oscurecida por la época. La resistencia a la explotación alimenta, en las condiciones normales de funcionamiento del capitalismo, más bien el reformismo que la revolución.

Así se podrá entender mejor la ausencia o el surgimiento de fracciones revolucionarias y lo que los revolucionarios deben sostener o atacar. No hay una cuestión de la intervención específica que vendría a añadirse al resto de la reflexión teórica para al fin darle su sentido. Si no quiere degradarse en ideología, no puede fundarse la teoría sobre el olvido de nuestro lugar en la sociedad, sobre el olvido de los antagonismos que atraviesan esta sociedad; ya que estos antagonismos polarizan nuestra práctica social como el conjunto de las prácticas sociales. La teoría no puede ser más que la comprensión de las prácticas y de las relaciones sociales aunque éstas se presenten bajo la máscara de necesidades extra-humanas.

El hombre es un animal histórico. Sus formas de vida no le son dadas por su naturaleza de una vez por todas. Evolucionan, se suceden. Y esta historia dice tener un sentido. El comunismo es este sentido, el enigma resuelto de la historia humana, decía Marx.

La aportación de Marx no es el haber comprendido que la humanidad pasaba por una sucesión de etapas que le conducían del «comunismo primitivo» al «comunismo superior». En su mayoría, los utópicos veían acertadamente que la humanidad pasaba por estadios, pero un poco como si la humanidad, jugando a la oca, saltara de cuadro en cuadro. Marx concibe que las etapas históricas, los «modos de producción», son, no solamente el cuadro, sino igualmente el resultado de la actividad humana: producción y lucha de clases. Las formas sociales opresivas son un hecho de los hombres, aunque éstas estén reñidas con la naturaleza. Su actividad se desgarran, se opone a ella misma y a la naturaleza de la que sin embargo no puede desprenderse. Se enajena y alimenta las formas de las cuales llega a ser prisionera. Esta alienación práctica se acompaña de una conciencia falsa y alienada.

Los hombres hacen su propia historia pero no conocen la historia que hacen. Sufren esta historia, sin poder intervenir sobre su curso, pertenezcan a las clases dominadas o a las clases dominantes, salvo durante breves períodos revolucionarios que hasta hoy han conducido siempre a una reorganización de la división en clases y a la sumisión a necesidades que parecen ineluctables y determinan el destino de los individuos y de la sociedad.

El comunismo, con el fin de la división de la sociedad en clases, no puede ser sino el fin de la oposición entre la actividad humana y las formas sociales que ella alimenta, la permanente intervención de la especie humana sobre la historia. Y, por esto, el fin de la historia como espectáculo de una evolución y de unas necesidades de las que los hombres estarían separados.

El desarrollo del capitalismo favorece y, en una cierta medida, procede de la irrupción de las masas humanas en el curso de la historia. La política imagina ser la expresión de la voluntad popular, voluntad que se expresaría a través del ritual democrático. La economía sería el dominio del hombre sobre las sujeciones naturales. El sentimiento de una fatalidad divina o natural está liquidado. Sin embargo, el capitalismo sobrevive sólo gracias a que utiliza la actividad humana y multiplica su eficacia impidiendo que los hombres actúen plenamente, que encuentren en su actividad misma –y no en el dinero– el sentido de esta actividad.

El capitalismo da a los ciudadanos la ilusión –cada vez más reconocida como tal– de intervenir sobre la sociedad a través de la magia de la política. La política se presenta como una esfera exterior a la sociedad, despreñada de los imperativos de la vida social y a partir de la cual uno sabría y podría intervenir sobre esta vida social. A la necesidad económica se opondría la libertad política. La política tiene la ilusión de ser exterior al objeto sociedad, tiene la pretensión de actuar sobre ésta, recogiendo, en ella misma el

principio, la quintaesencia de la actividad. Al hacer esto, la política juega su papel de integración en un orden y en una fatalidad social que le asignan su plaza.

La ilusión política tiene sus límites, pero se encuentra a sus anchas en la izquierda y en el izquierdismo. Allí se cree que la política lo puede todo. Se le busca desesperadamente un punto de apoyo exterior a la sociedad: «conciencia», «partido», «organización anti-partido», «subjetividad radical», «voluntad revolucionaria», que permita soliviantarla. Ciertamente, a menos de retroceder abiertamente hasta la religión, será obligado admitir -pero de una manera abstracta- que este principio radical y activo tiene él mismo un origen social. Lo concreto aparecerá como un voluntarismo que militará por la difusión de la conciencia, el reforzamiento del partido, el perfeccionamiento de la organización.

Son muchos los que militan con la ilusión de transformar el sistema cuando no hacen sino reforzar los aparatos políticos y sindicales que han llegado a ser instituciones indispensables para su supervivencia. Están más acá e incluso se oponen a los que, aquí y allá, se contentan con resistir a la explotación.

La incitación a intervenir y la incitación a romper la pasividad que nos rodea son, desde hace tiempo, el caldo de cultivo del oportunismo. Con el pretexto de no remitirse al milenio -que no obstante vuelve de nuevo-, de no soñar la Ciudad del Sol y para poder influir realmente sobre la realidad, se llega a pactar. A menos de, para una pequeña minoría, caer en el terrorismo.

Los que quieren actuar a cualquier precio, en una situación desfavorable, se desgastarán sin ningún éxito y no se aperibirán de las ocasiones reales de modificar el curso de las cosas. Si, en este caso, se refuerzan y creen tener un impacto, será quizás al precio de concesiones tanto a nivel de objetivos como de modo de funcionamiento. El miedo a perder lo ya conseguido, de verse amenazada la organización, de perder alguna influencia, impedirá emprender algo subversivo. Acumularán su capital de militantes y programarán sus cuadros.

Los que refuerzan el orden social empiezan por creer que abstractamente uno puede escapar de él. Por el contrario, los que tratan de atacarlo se saben parte de este mundo del que reconocen las contradicciones. La revolución es engendrada por la sociedad que ella destruye y la intervención revolucionaria no puede dejar de ser una relación de esta sociedad consigo misma.

Esta sociedad no es inmutable, no es un conjunto homogéneo y monolítico. Pasa de fuertes períodos de integración a fases en las cuales no llega siquiera a unificarse y en las cuales pueden surgir oposiciones más o menos radicales.

En el complejo juego donde se enfrentan las fuerzas sociales, la acción de fracciones muy reducidas puede a veces jugar un papel decisivo, como tal o cual cuerpo en una reacción química, pero estas fracciones no dejan de ser resultantes sociales y no pueden súbitamente reforzarse o adquirir una tal influencia más que en función de una realidad social general.

Las fracciones revolucionarias y la clase proletaria -cuando se insurrecciona- evidentemente tienen que organizarse para realizar sus objetivos. Las formas de organización no son neutras, y la organización de una actividad radical no puede ser igual a la de los partidos políticos. La organización de los partidos estalinistas se caracteriza como la alianza de la democracia parlamentaria (congreso) y de la jerarquía militar, que impide los contactos «horizontales» entre subgrupos. Todo ha de pasar por la cúspide. Esto no nos interesa en absoluto aunque se envuelva con ideas ultraradicales.

Algunos revolucionarios, denunciando la burocracia, han de definir una forma de organización, si no ideal, sí al menos que sea una garantía contra este riesgo. Y esta cuestión tiende, para estos revolucionarios, a devenir central. Es por la forma organizativa -los consejos obreros por ejemplo- que intentarán inmunizarse respecto a una degeneración siempre amenazante. Estamos aquí en el fetichismo organizacional, olvidando que las formas de organización son relaciones entre hombres y no maneras de corregir sus defectos.

La causa de las degeneraciones no reside en primer lugar en la forma de organización. Y remitirse a una «llave» organizativa para impedirla, demuestra que la degeneración no está tan lejos. Centralizar o descentralizar, ¿por qué no? Pero si se ha de centralizar para garantizar la unidad del movimiento, o descentralizar para evitar la burocratización, entonces se remite a falsas garantías. Y, por consiguiente, una degeneración, cuyas causas profundas serán ignoradas, será facilitada.

Sublevaciones proletarias han engendrado finalmente un nuevo arreglo y un refuerzo del orden establecido. Organizaciones radicales se han visto integradas en la defensa de este orden. Ideas subversivas han sido reorientadas contra la subversión. Todo esto pesa fuertemente sobre todos aquellos que sin embargo tienen la pretensión de comenzar de nuevo la revolución.

La revolución no es una apuesta. Es un resultado -y sin duda un punto de partida si las cosas no van demasiado mal- de la evolución humana. Sin duda tendremos de desembarazarnos de la idea de que

podamos encontrar garantías para vencer o impedir que un movimiento segregue o favorezca fuerzas que se volverían contra él. El movimiento se define por lo que hace, y esto que hace no le pertenece totalmente. Si un movimiento de comunicación fracasa o se para, posiciones de poder se fijarán entonces y llegarán a ser órganos contrarrevolucionarios. Nuestros mismos esfuerzos teóricos pueden volverse contra nosotros a partir de lo que conservan de burgués y por lo que tienen de verdaderos. Sería vano creer que es posible obtener un dominio tal de lo que se hace que lograría inmunizar contra este peligro.

No se trata de construir una organización sino de organizar un movimiento, presente aunque débil, al que no se podría suplir por el proselitismo para el partido o para la organización (¿antipartido?). No hay que organizar la organización sino definir y organizar tareas.

El fetichismo organizativo pretende, por la supuesta calidad de la forma organizativa, garantizar la calidad del contenido. Ofrece recetas «disto-para luchar» y descarga a los hombres del cuidado de organizar su propia actividad, hasta quitarles del todo la preocupación de pensar y la pena de vivir.

No debe tomarse este rechazo del fetichismo como un elogio de la espontaneidad anti-organizativa o un elogio de la improvisación permanente cuyas virtudes son muy limitadas. Las reglas y el respeto a ellas son necesarios, se han de precisar las responsabilidades, los acuerdos han de ser mantenidos. No fetichizamos y no ignoramos el carácter arbitrario que ciertas reglas pueden tomar. Por ejemplo, el mecanismo de decisión que acuerda, cuando hay impase, que sea la mayoría la que decide puede ser utilizado, pero no podemos remitirnos a él. La verdad nunca estará garantizada por el hecho mayoritario.

Toda organización de revolucionarios no puede ser más que una organización dada, que aparece en un momento dado, con unas posibilidades y un nivel teórico dado, y esto incluso cuando estos condicionamientos deben ser transformados. Las reglas del juego, el funcionamiento de una tal organización no pueden ignorar que los individuos que la componen tienen capacidades distintas, divergencias variables, son pocos o numerosos, dispersos geográficamente o no. El carácter relativo, coyuntural, de estas reglas no debe desaparecer jamás.

Cuando una organización hace de su propia defensa, de su propio refuerzo, del mantenimiento a cualquier precio de sus reglas de funcionamiento, un objetivo principal y esto sustituye otras tareas que ya no se presentan, entonces le ha llegado ya el tiempo de desaparecer.

### III

El temor de que una transformación de las relaciones económicas no revolucione el conjunto de la vida social parece tener por origen la instauración de un capitalismo burocrático después de una insurrección proletaria. Una modificación económica importante: la abolición de la propiedad privada y la expropiación de la burguesía, no es suficiente para abolir las desigualdades sociales o la escisión entre los que deciden y los que ejecutan. La nación, la familia subsisten. ¿No demostraría esto, en contra de una concepción demasiado «mecanicista» del «marxismo», una autonomía de las costumbres y de la ideología? ¿Esta autonomía no implicaría que estos sectores deberían ser transformados por alguna «revolución cultural»? En su defecto, estos sectores persistirán vaciando de sentido la transformación de las relaciones de propiedad o favoreciendo un regreso de estas relaciones.

La pregunta, se haría allí donde la revolución se hubiera hecho, pero igualmente donde no. Allí donde el capitalismo no estaría todavía abolido -cuando las condiciones «materiales», económicas, estarían manifiestamente maduras para que ello sucediera- la causa de la persistencia del capitalismo residiría en las costumbres y en las ideologías conservadoras. En su sentido estricto, la lucha económica y política no serían suficientes y se debería atacar al capital también en este plano. Reich creía que por haber menospreciado la importancia de estas cuestiones o incluso por haber hecho prueba de conservadurismo en este terreno, el movimiento obrero había dejado paso libre al fascismo. Este habría sabido reconocer y satisfacer, a su manera, las necesidades populares para, al fin, proteger el orden dominante. Para Gramsci, el movimiento obrero, para conquistar el poder político, debería tener antes una hegemonía cultural.

¿En qué medida hay determinación por la base económica del resto de la vida social? ¿Qué parte de autonomía tiene ésta? ¿y en qué medida una evolución en el terreno de las ideas o en el de las costumbres puede actuar sobre esta base económica?

En la historia del Japón, hay una época que se parece indiscutiblemente a la época feudal en Occidente, y puede ser incluso caracterizada como tal. Hoy, y sin duda como en Occidente, gracias a este período feudal y a la emergencia de una burguesía mercantil y a la autonomía que ésta consiguió, el Japón ha llegado a ser un país totalmente capitalista. Pero el Japón feudal, como el Japón capitalista, tiene unas características «culturales» netamente distintas a las de Occidente (el budismo no es el cristianismo...). Si el Japón moderno

se ha dado progresivamente una fachada democrática, la democracia no formaba parte ni todavía forma parte de la «sensibilidad» local, mientras que la aspiración democrática parece acompañar el desarrollo capitalista. Esta misma democracia nacida en el entorno poco capitalista de la Grecia antigua.

Si las ideas nacen de la evolución material, parecen tomar autonomía en relación a esta misma evolución. El cristianismo se extendió y ha persistido más allá de las condiciones precisas que lo han visto nacer; ¿no ha modificado el islamismo las sociedades que ha permitido conquistar rápidamente a los árabes, más que cualquier armamento material?

La relación entre una estructura económica, por una parte, y unos hábitos sociales y unas concepciones del mundo por otra, no es evidente. Ni tampoco el predominio sistemático de la organización económica y social sobre las religiones y otros sistemas de ideas. Aparece como prácticamente imposible deducir a partir de las relaciones económicas, el carácter de las representaciones religiosas y viceversa.

No vamos ahora aquí a retornar esta vieja cuestión para solucionarla. Esto requeriría que fuesen criticadas, precisadas, nociones que aparentemente parecen claras tales como «base económica» e «idea». Sin embargo algunas anotaciones son suficientes para destruir la ilusión de que las ideas conducen el mundo o bien de que las costumbres y las ideas puedan ser independientes de su base social y económica, cosa que sugiere su disimilitud a partir de la identidad de la base social y económica de dos sociedades.

El feudalismo occidental y el feudalismo japonés merecen ser puestos en relación. Pero no encontramos, en modo alguno, identidad de base económica y social que podamos oponer a las costumbres, sensibilidades y religiones distintas. Las diferencias y los parecidos se sitúan en distintos planos. Sería una operación demasiado arbitraria oponer o distinguir una base económica a unos hábitos sociales externos a esta base.

No son las ideas las que conquistan el mundo o parte del mundo, sino unas prácticas sociales, favorecidas por ciertas ideas, o favoreciéndolas. Las religiones, incluso las que no pretenden organizar este bajo mundo, no son ideas sobre el mundo sino prácticas más o menos aptas para suplantarse a otras.

Toda actividad social, todo terreno social tiene sólo una autonomía relativa respecto al resto de la sociedad. Esto no significa que esta actividad o este terreno no puedan tener unas características propias, una historia y una influencia que van más allá de la sociedad dada, favoreciendo más o menos su desarrollo. No separemos la historia de la sociedad en sociedades, modos de producción totalmente exteriores los unos a los otros con sus elementos constitutivos y

particulares. Es preciso despejar los problemas fundamentales de la humanidad y, a partir de esto, considerar cómo se forman, se apoyan y se suceden las distintas actividades y las diversas sociedades. En tanto que ficción particular referida a lo razonable y a lo cotidiano, la novela es la forma literaria que por excelencia, se ha asociado al capitalismo. Con éste aparece, evoluciona y se desarrolla, multiplicando obras y géneros. Esta relación indiscutible entre novela y capitalismo no le quita sin embargo al *Cantar de gesta de Genji*—escrito alrededor de los años mil en un Japón muy poco capitalista— su cualidad igualmente indiscutible de novela. Si la novela, la ciencia, la democracia han podido desarrollarse en el mundo desacralizado del capital, y conformarse a sus necesidades, habían ya encontrado unas condiciones propicias a su nacimiento en otros contextos sociales.

No hay una sociedad que se desarrolle de forma autónoma y en la que una experiencia social única se transforme por su sola y propia dinámica, sucediéndose una etapa a otra necesariamente, en una evolución lineal. Toda sociedad es también el resultado de influencias, la confluencia de prácticas sociales dispares que logra más o menos unificar, transformar, para constituirse en tanto que totalidad y para preservarse de amenazas externas.

En la sociedad capitalista, las preocupaciones económicas toman un lugar preponderante. Como si fuesen los motivos económicos los que hacen actuar a los hombres. La gestión estatal de la sociedad aparece cada vez más como gestión de la economía. Anteriormente, la existencia humana y la organización social estaban ciertamente dominadas por las necesidades materiales (alimentarse, por ejemplo), pero estas necesidades, por muy avasalladoras que fuesen, no aparecían como autónomas y no constituían ni el centro ni la finalidad de la existencia. Ésta tomaba sentido y se realizaba bajo la forma guerrera o religiosa.

Sin embargo, estas necesidades que, ahora, orientan la existencia humana son sentidas como más exteriores que nunca. Exteriores no a tal o cual capa social alejada de la producción, sino a los mismos productores, cuando todas las capas sociales se integran y se definen por su participación directa en la economía. La «base económica» sería exterior a las relaciones sociales; sería un soporte estando fuera la verdadera vida social. Paradójicamente, la economía será considerada como determinante, pero se estimará que las transformaciones se harán primeramente fuera, para enseguida actuar sobre la economía.

Poder y representación no definen la naturaleza de la sociedad. Esto es lo que creen los situacionistas que, con sus conceptos de «poder» y «espectáculo», subrayan y sobre todo cosifican los efectos del capital

y los sustituyen al mismo capital. Hacen pasar —con una simplista oposición entre la «vida», la actividad humana y su contrario— el problema de la alienación de la humanidad en la condición proletaria y el del capitalismo como expresión de esta humanidad.

Se ha reprochado a Marx su tendencia a eternizar la economía como esfera autónoma en su oposición y en su dominación sobre las otras esferas, la política y la ideología. Pero es verdad que la historia humana precapitalista, capitalista y comunista, está fundada sobre la reproducción de las condiciones de la vida material y no sobre los fenómenos de dominio o de representación que parecen autónomos y quieren ser presentados como los motores de la evolución.

La economía, lejos de ser el dominio de las cosas frente al dominio de los hombres, es fundamentalmente una relación entre hombres, entre clases. Con el creciente predominio de la economía —como esfera de la producción y de los intereses materiales y como relación social particular que intensifica la producción material—, toda estructura social cae bajo su dominio. La economía es una fuerza social, aun cuando aparece efectivamente como teniendo su lógica particular, autónoma y exterior a las relaciones sociales que vienen a destruir, colonizar, transformar.

La abolición comunista de las relaciones económicas no puede ser otra cosa que una transformación social que se realiza a partir de la economía; al destruirla, muestra que aquella no es más que una relación históricamente determinada de la humanidad consigo misma y de la humanidad con la naturaleza. Esta revolución no podría ser simplemente una transformación jurídica y un cambio de poder, incluso si se realiza después de un alzamiento proletario, como pasó en Rusia.

¿Podemos deducir que la abolición de las relaciones económicas basta para revolucionar el conjunto de la vida social? La formulación de esta pregunta deja entender que la parte extra-económica o extra-productiva de la vida social cambiaría automáticamente, sin intervención de voluntad o lucha. El cambio «superestructural» sería la repercusión de un cambio económico y no el resultado de una acción humana. Hasta se podría suponer que el mismo cambio económico sería el resultado automático de las contradicciones de la economía...

La economía es concebida precisamente como la parte de la sociedad que escapa al hombre. No es esto lo que hace considerar la revolución como una transformación económica porque la economía no es concebida como expresión de unas relaciones sociales y la revolución como una intervención humana. Las necesidades económicas, ya sean invocadas para conservar el orden social o como motor de la revolución, reemplazan la vieja fatalidad natural o

divina, en la conciencia enajenada que la humanidad se hace de su enajenación.

La teoría comunista le da la vuelta a este punto de vista: la revolución es la intervención del hombre sobre su propia historia. Su intervención transforma las separaciones y se ampara de toda la vida social que deviene entonces totalmente social. La revolución, es también el reconocimiento de que la actividad humana es la prolongación de necesidades y procesos naturales.

En este dar la vuelta, la teoría integra la comprensión de las condiciones que limitan y canalizan la actividad humana y que son sin embargo resultado de ésta.

La revolución comunista no puede ser un conjunto de luchas específicas, llevadas a cabo por Zulús u otra especificidad imaginable, contra unas opresiones particulares que pesarían sobre ellos. El capital unifica la humanidad en la opresión, la desigualdad y la competencia. Produce una clase que se encuentra en el corazón de un proceso de producción y de explotación unificado.

La posición de estos Zulús y Cia. está determinada por el capital y la opresión que sobre ellos pesa se integra en una opresión general cuyo sujeto es el capital. La relación que lo destruye es la que puede, de igual forma, atacar de raíz estas opresiones. Cuando hoy, y en el punto de unificación que hemos alcanzado, luchas de éstas —o pretendidas luchas ya que no todos se batían como los Zulús— son llevadas a cabo, sólo se caracteriza así cambios en la opresión que no contrarrestan en modo alguno la evolución capitalista sino que se integran en ella. Se presenta como resultado de unas luchas lo que es el resultado de la evolución y de la determinación económicas.

Es pues en tanto que proletarios, o amenazados por la proletarización, que los Zulús y Cia. pueden, para ellos mismos y para los demás, resistir contra el capitalismo y acabar con él, así como con todas las opresiones, viejas y nuevas, que él reproduce.

Sólo ilusoriamente se puede luchar contra las opresiones particulares y transformar las costumbres fuera de una destrucción de las relaciones económicas. Quizás inquietará esta necesidad de esperar la revolución para poder transformar cualquier cosa. No esperemos. Hay siempre ocasiones, en todos los planos de nuestra existencia, para oponerse a la opresión. Pero desde ahora, se refuerza esta opresión si uno no se opone a ella en tanto que proletario, o en tanto que humano, y no a partir de la base de una especificidad —cada vez más ilusoria— que hay que conservar o defender. Lo peor es hacer de esta especificidad el depositario de una capacidad de rebeldía.

La pobreza y la vulgaridad de las costumbres actuales han alcanzado un nivel insólito en la historia de la humanidad. Lo que se pasaba generalmente soterradamente (pillería, prostitución) o en las



catacumbas (religión), se ha expandido a pleno aire, nos lo bombea y lo envenena. Las transformación de las costumbres y el saneamiento del aire son cosas urgentes. Sin embargo la actual ideología de la transformación de las costumbres y la ideología ecologista –fuera de una revolución o bien en lugar de una revolución juzgada imposible, lejana o hasta nefasta– son consecuentes: no es una transformación comunista lo que proponen. Sólo los pingüinos podrían confundir estas dos cosas.

La autogestión puede siempre definirse arbitrariamente como esto o aquello, como parcial o generalizada. Cuando se asimila la revolución a la autogestión, se reduce, en el mismo movimiento y restrictivamente, el capitalismo a un modo de gestión, cuando es primeramente un modo de producción.

La división entre dirigentes y dirigidos, entre una minoría de gestores y una masa de hombres que siguen, es una característica del capitalismo (producción de valores de cambio, asalariado) y de otras sociedades de clases. No obstante, la especificidad y el dinamismo del capitalismo no pueden explicarse en términos de dominación y de gestión. La oposición entre clase dominante y clase dominada no puede confundirse con la oposición entre los que gestionan y los que están privados de esta gestión.

En tiempos de revueltas, incluso fuera de períodos de simples desorganizaciones sociales, los proletarios llegan a echar a su patrón o a suplir su ausencia. Al hacer esto, no ponen en cuestión ni la empresa, ni el dinero, ni el asalariado. Ahora bien, es éste el único medio de asegurar la «autoactividad de las masas».

Cuando los obreros participan en la gestión de las empresas, el antagonismo entre los intereses de los asalariados y el interés de la empresa persiste. Esta gestión se muestra precaria y los antagonismos de intereses se convierten en oposiciones de grupos sociales distintos.

La finalidad de toda unidad de producción y de intercambio capitalista es la valorización, la

reproducción y el aumento del valor invertido. Durante todo un período «progresista», este problema del capitalismo se concebía como problema de la capacidad y de la libertad de producir. Progresivamente, los problemas de gestión han llegado a primer plano, manifestando la saturación en capital y en conflictos de la sociedad. La unidad no proviene del hecho de producir sino de una ocupación específica. La actividad debe no sólo tener clara su finalidad, sino al mismo tiempo centrarse en sí misma para autocontrolarse, para evitar conflictos y embrollos.

Las cuestiones abordadas en este texto merecen un mayor desarrollo, pero la reflexión sólo será fecunda si deja de contentarse, por enésima vez, de volver a calcular la importancia de las influencias recíprocas de la economía, de la política y de la ideología. Es preciso interrogarse sobre esta paradoja que la humanidad hace su propia historia continuando, hasta el momento, extraña a la misma; que debe, por un lado, transformar la naturaleza (economía) y por otro, unificarse, gestionarse como sociedad llena de contradicciones (política), y que no puede concebirse ella misma más que en la falsa conciencia. Cualquier grupo humano tiene su mito de los orígenes y su idea sobre el fundamento del orden social, pero el hombre no ha llegado aún a considerarse, verdaderamente, sujeto histórico y elemento de una evolución natural. Se mira y se engaña él mismo con la religión, la filosofía, la política...

A través de la política está falsamente planteado y provisionalmente resuelto el problema de la intervención de la humanidad sobre sí misma; a través de la economía, el de su alienación, de su adaptación a los imperativos naturales y de su transformación. La crítica de la economía y la crítica de la política han sido esbozadas por Marx y enterradas por el marxismo (ya presente en Marx). Hemos de tomarlos de nuevo y así, saliendo de una falsa manera de plantear las cuestiones, podremos favorecer la unificación revolucionaria y por tanto nuestro impacto práctico sobre la sociedad. ♦



# LA GUERRA Y LA PAZ CONTRA EL PROLETARIADO

Nota de la redacción

Este documento elaborado por un grupo de compañeros comunistas de la región en guerra merece nuestra total solidaridad porque asume el conjunto de posiciones comunistas que intentan comprender la lucha iniciada entre Irán e Irak como una nueva manifestación del proceso capitalista «que se apropia de la producción social».

Para un lector occidental creemos, sin embargo, que hemos de señalar un cierto número de aspectos que nuestros compañeros de la zona no han subrayado, seguramente porque están hartos de que se interpreten como «causas profundas» de la guerra, cuando sólo son justificaciones del capital para enmascarar la realidad que es únicamente la lucha de clases.

Respetando este punto de vista, nosotros creemos que es insuficiente. Pensamos que desgraciadamente la lucha de clases se complementa casi siempre con otras causas de desavenencias que son capaces de provocar una lucha fratricida entre el proletariado. Precisamente por esto, es tan difícil obtener la solidaridad proletaria mundial.

En el caso concreto de la guerra Irán-Irak pensamos que la oposición entre sunitas y chiitas es fundamental en las causas inmediatas de la lucha. Antagonismo socio-político-religioso de dos ramas importantes del islamismo que intentan un protagonismo histórico en detrimento de la otra.

Como en casi todas las luchas en que se mueve el proletariado, las huelgas contra la disminución de salarios en función de los gastos de guerra es un reconocimiento tácito del sistema de trabajo asalariado, que convierte a los obreros con empleo fijo y pago regular en unos aristócratas frente al proletariado. Actitud en modo alguna revolucionaria.

El sentimiento nacionalista, a pesar de su condena por parte de los autores del Manifiesto, es una realidad que impregna a todos los protagonistas de la guerra y que debe entenderse a partir de sus raíces étnico-culturales.

## Manifiesto

**E**n un año se destruyó por valor de 20.000 millones de dólares en Irak y por 50.000 millones en Irán. El comité de cooperación de los países del Golfo paga 13.000 millones de dólares por año para financiar el campo irakiano. Además, se enrola proletarios de Marruecos, Egipto, Jordania, Afganistán, Tailandia, Palestina... en uno u otro campo. La destrucción de vidas y de material, que afecta al proletariado, es evidentemente mayor en los países directamente implicados. Se estima en 50.000 en Irak y 75.000 en Irán los muertos en un año. En enero del 82 se alcanzó la cifra monstruosa de 270.000 muertos en los dos campos.

La guerra es un producto histórico de todas las sociedades de clase, expresión de la explotación como característica común todas ellas. La guerra capitalista tiene como motivo histórico la existencia de crisis ligadas al antagonismo entre el carácter social de la producción

y el carácter privado de la apropiación. No es posible liberarse de estas crisis sin abolir sus contradicciones. Es en la guerra, «solución» capitalista a la crisis (guerra del capital contra el trabajo humano) a través del ataque y la destrucción del trabajo social (trabajo muerto y trabajo vivo) y del movimiento comunista, que el capital materializa mundialmente su propia esencia. En consecuencia, y en oposición a todos los partidos capitalistas (comprendidos los marxistas-leninistas) afirmamos que la guerra que se desarrolla actualmente en Irán e Irak es una guerra del capital mundial contra el proletariado.<sup>1</sup> En las posiciones opuestas a las nuestras, sólo se encuentra la justificación del sistema de explotación salarial que intenta camuflar la contradicción mundial entre el capital y el trabajo presentándola como oposición entre débiles y fuertes, entre progresistas y reaccionarios, entre nacionalistas e imperialistas...

La guerra de Irán-Irak no escapa de la dominación mundial del sistema capitalista, y como todas las guerras en el pasado y en el presente capitalista, es una guerra del capital para «solucionar» su crisis y la anarquía propia de este sistema, es decir, para mantener la esclavitud salarial.

Durante los 22 meses de guerra, centenares de fábricas, de empresas fueron destruidas, millares de obreros fueron masacrados y ejecutados.<sup>2</sup> Además, el alza de los precios de las mercancías, de los impuestos, el aumento de las horas suplementarias, la disminución del poder de compra..., se efectuaron en nombre de la defensa de los intereses de la patria, de la nación árabe del Islam, contra el imperialismo adverso, «agresor»... Todo esto para mistificar a los obreros y someterlos a la dominación capitalista. Todos los partidos y tendencias imperialistas (se incluye a los marxistas-leninistas) cumplieron esta misión de camuflar las verdaderas contradicciones de clase por me dio de su análisis («la agresión del Irak contra la república anti-imperialista de Irán»), sólo son lloriqueos por la destrucción de la economía nacional, es decir de la economía del capital. No hacen nada más que lamentarse por «el debilitamiento, en la guerra, de la unidad de las naciones anti-imperialistas», es decir, la unidad del capital. Para los marxistas-leninistas, la guerra estalla por «la falta de democracia, de libertades políticas, de un poder nacional-popular, o de un Estado obrero y campesino»... y en consecuencia sólo la realización de estos objetivos «nacionalistas-democráticos» podría impedir la guerra.<sup>3</sup>

Nosotros afirmamos, en oposición a la lógica y a la práctica capitalista, que el proletariado sólo puede realizar su sustancia de clase a través de su práctica histórica, oponiéndose revolucionariamente a la guerra. Las manifestaciones y huelgas obreras que se desarrollaron en estos cinco últimos meses demuestran la validez de esta posición.<sup>4</sup>

Los obreros de una fábrica de cigarrillos en Suliamania, organizaron una huelga de tres días contra las disminuciones de salario impuestas para contribuir a los gastos de guerra; la consigna que lanzaron fue: «NI SADDAM, NI KHOMEINY», posición que materializaba el rechazo histórico de la nación y de su defensa. Miles de proletarios, en Irán y en Irak, por sus posiciones derrotistas revolucionarias fueron ejecutados como enemigos de la nación, como ateos, es decir, como anti-islámicos, como cobardes...<sup>5</sup> Estos acontecimientos históricos demuestran la necesidad para los comunistas, de organizarse.

Frente a las posiciones y a la lucha del movimiento del proletariado, el capitalismo responde intentando tanto su paz, la paz del capital, como la concentración de la guerra en los bastiones de las luchas obreras. Es por ello que la actual ofensiva del ejército iraní se

concentró contra Bassorah, punto clave de las luchas obreras en Irak. En la historia, se verifica que en todas las guerras, el capital intenta para responder a las luchas derrotistas de los obreros, tanto parar la guerra como retomar las hostilidades concentrando el fuego contra la lucha obrera. La tentativa de parar la guerra Irán-Irak es evidente desde que Irak retiró sus tropas del territorio de Irán en respuesta a las manifestaciones y sublevamientos obreros. Para justificar la ofensiva iraní, en esas circunstancias; el capital utiliza la defensa del interés nacionalista contra el movimiento comunista, que continúa desarrollándose actualmente tanto en Irak como en Irán.

El capital persigue siempre el encuadramiento y el ataque de los movimientos de clase, y por eso atribuye el cese de las hostilidades a «la victoria de la nación árabe y al interés de la revolución islámica» (Saddam Hussein). Es así que el capital mantiene la continuidad de sus acciones anti-comunistas.<sup>6</sup>

En un volante contra la guerra, de un grupo de compañeros internacionalistas, escrito en marzo del 81 en Irak, se decía: «Los burgueses de los dos países (Irán, Irak) para defender sus intereses de clase avanzaron en un paso hacia la guerra y esto en nombre de la humanidad, de la nación árabe, de la autodeterminación, de la defensa de la santa religión musulmana y los intereses de los musulmanes expulsados de Irak (...) Pisotean los derechos del hombre. Y los burgueses, tanto en Irán como en Irak, calcularon muy bien, que la guerra iba a destruir sus fábricas y sus centros industriales, disminuyendo así el comercio... sabían entonces que la guerra tendría resultados catastróficos también para ellos. Pero a pesar de todo la hacen y esto esencialmente para defender su propiedad. No hay que olvidar que paralelamente a estos desgastes materiales, la burguesía mundial se beneficia enormemente con la guerra y sus secuelas. La situación del proletariado por el contrario, se degrada día a día, por el alza de precios, el subconsumo, etc. Además, es la sangre proletaria que riega los campos de batalla»<sup>7</sup>.

Entonces, el capital para parar su guerra, hace su paz.

La paz como arma del capitalismo es utilizada prácticamente para mantener una situación conveniente a la continuidad del movimiento del capital (es decir, mantener la esclavitud salarial, encuadrar y recuperar las acciones proletarias y transformar el derrotismo revolucionario en pacifismo). Desde este punto de vista, la paz está tan ligada al sistema salarial como la guerra.

El punto de vista del proletariado es el de oponerse a la paz<sup>8</sup> y a la guerra capitalista: POR LA REVOLUCION COMUNISTA Y LA DESTRUCCION DEL SISTEMA CAPITALISTA MUNDIAL.

Julio 1982

## Notas:

1. Esta es la misma realidad de las guerras entre Israel, la OLP, el Líbano... la guerra de las Malvinas, del Tchad, de Somalia...

2. La guerra comenzó el 22 de setiembre de 1980.

3. «Pueblo irakíe, revélate, que para derrocar el poder baasita (nacional-socialista, pan-arábico NDR) para detener la agresión contra Irán y restaurar la democracia» (citación del partido comunista irakí). Esta posición de defensa del Irán significa de hecho la defensa del sistema de esclavitud salarial. Desde este punto de vista burgués, se pide detener la guerra y se exige la paz ligando estas reivindicaciones al derrocamiento del poder baasista. Las posiciones del partido TOUDEH (PC iraní) son las mismas, es decir, la defensa de sus dioses, la nación, el Capital.

4. En estos cinco últimos meses los obreros de las ciudades de Bagdad, Bassorah, Mossoul, Suliamania... organizaron numerosas manifestaciones y huelgas contra la guerra, por la defensa de sus intereses de clase. Esta posición revolucionaria del proletariado fue duramente combatida por la represión capitalista (empleo de helicópteros, ejecuciones, masacres).

5. Solamente en Irak 3.000 proletarios fueron ejecutados en un año, sin contar los millares de muertos en el frente.

6. Los sindicatos, contra la acción revolucionaria del proletariado, enviaron, de todas las grandes ciudades, telegramas saludando y renovando su fidelidad hacia Saddam Hussein y a su ejército como bravos soldados que defienden el interés de la nación.

7. Nota 250 del capítulo XXIV de *El Capital*.

«El Capital, dice un redactor de la *Quarterly Review*, huye de la turbulencia y la refriega y es de condición tímida. Esto es muy cierto pero no es toda la verdad. El Capital experimenta horror por la ausencia de ganancia o por una ganancia muy pequeña, como la naturaleza siente horror por el vacío. Si la ganancia es adecuada, el Capital se vuelve audaz. Un 10% seguro y se lo podrá emplear donde quiera; 20% y se pondrá impulsivo; 50% y llegará positivamente a la temeridad, por 100% pisoteará todas las leyes humanas; 300% y no hay crimen que lo arredre, aunque corra el riesgo de que lo ahorque. Cuando la turbulencia y la refriega producen ganancias, el capital alentará una y otra. Lo prueban el contrabando y la trata de esclavos». F.G. Dunning, *Sindicatos y huelgas*.

8. Esta política de paz, de desarme, no es más que la continuidad de la doctrina de «la paz democrática entre los pueblos» que constituye una de las bases fundamentales del capitalismo.

---

«El trabajador ya no se interpone como un eslabón entre el objeto natural modificado y él mismo; sino que es un acto espontáneo –transformado en proceso industrial– que interpone el trabajo entre el mismo y la naturaleza inorgánica de la cual se hace dueño. Se coloca, el trabajador, al lado del proceso de producción en lugar de ser su agente principal.

Lo que aparece, entonces, en esta transformación, como el pilar fundamental de la producción de la riqueza, no es ni el trabajo inmediato ni el tiempo de trabajo, sino la apropiación por el hombre de su propia fuerza productiva universal; o sea, es la comprensión y el dominio de la naturaleza por el conjunto de la sociedad, concretamente, la expansión del individuo social. «El robo de tiempo de trabajo ajeno, base actual de la riqueza», aparece como un fundamento miserable comparado con el que crea u desarrolla la gran industria misma. Cuando, en su forma inmediata, el trabajador haya cesado de ser la gran fuente de riqueza, el tiempo de trabajo dejará y deberá dejar de ser la medida del trabajo, del mismo modo que el valor de cambio dejará de ser la medida del valor de uso. El plus-trabajo de las masas humanas dejará de ser la condición del desarrollo de la riqueza general, de la misma manera que el ocio-patrimonio de unos pocos no será ya una condición para el desarrollo de las facultades generales del cerebro humano. De ahí que la producción fundada sobre el valor de cambio se desmorone y el proceso inmediato de la producción material se despoje de su forma y de sus condiciones miserables. No estableciéndose ya en beneficio del plus-trabajo, la reducción del tiempo de trabajo necesario permitirá la libre expansión del individuo. En efecto, gracias a las posibilidades del ocio y a los medios puestos al alcance de todos, la reducción al mínimo del trabajo social necesario favorecerá el desarrollo artístico, científico, etc., de cada uno».

Karl Marx

# ITALIA 82

## NOTAS SOBRE LA CRISIS

La situación italiana de las últimas semanas se está volviendo notablemente más vivaz que en los dos últimos años. Si no podemos hablar de cambios reales, se constatan al menos algunos firmes factores de desequilibrio que pueden hacer girar la crisis sobre sí misma, tanto desde un punto de vista económico y político como social.

Dos acontecimientos han condicionado de modo determinante las dinámicas de los últimos meses:

1) El desmentido del acuerdo industria-sindicatos que unificaba el punto de contingencia para el cálculo de la escala móvil de los salarios. El acuerdo estaba desde hacía tiempo combatido incluso por el sindicato, que sin embargo no podía denunciarlo explícitamente, dado que hasta poco tiempo antes había hecho del slogan «la escala móvil no se toca» su caballo de batalla, en la búsqueda del consenso obrero en la fábrica. Los industriales han quitado de las manos del sindicato a principios de verano esta patata caliente, saludados con un suspiro de alivio, aunque expresamente de una manera no oficial. Las huelgas sucesivas a esta retirada apuntaban todas a la defensa de los contratos y, sólo en un segundo tiempo, sobre las bases de las presiones obreras, han operado una recuperación del tema «escala móvil». Las contradicciones inherentes a la necesidad de recuperar el «gobierno» de las contrataciones salariales huyendo del automatismo de las contrataciones no han tardado en dejarse sentir en las relaciones entre obreros y sindicatos. Por una parte con un aumento de la desconfianza, por otra como intento de ensanchar las ventajas retributivas, reconstruyendo jerarquías salariales.

2) La crisis de la unidad sindical, que en los últimos meses había dominado la escena de las fábricas, hoy parece explotar inconteniblemente: durante mucho tiempo, a menudo en el intento de inventar mediaciones aceptables para todos los componentes, los sindicatos han presentado una plataforma sobre la modificación de la estructura del salario que se acordara con los deseos del patronato sin penalizar demasiado los salarios obreros. El presupuesto para su éxito era el consenso del gobierno que habría garantizado

desgravaciones fiscales tanto para los trabajadores dependientes como para las empresas. El disentimiento que se ha registrado entre los obreros ha vuelto a abrir las heridas de la unidad sindical y corre el riesgo de hacerlas cancerosas.

Pero veamos con orden los aspectos más indicativos de esta situación.

Las relaciones entre industriales y sindicatos se han hecho cada vez más tensas a pesar de los intentos y la voluntad de la mayoría (numérica y política) de sus organizaciones de encontrar un acuerdo sobre la estructura del salario y por lo tanto sobre la posibilidad de reducir el coste de la mano de obra para las empresas. Esta hipótesis de acuerdo se movía sobre la posibilidad de no disminuir los salarios reales de los trabajadores dependientes en medida drástica, reduciendo al mismo tiempo los automatismos (escala móvil, vejez) Y dando al sindicato cierto poder de contratación sobre el salario. Este poder de contratación había significado una gran ventaja para los sectores obreros y técnicos más cualificados, que en los últimos años había sido penalizado con los incrementos igualitarios de la escala móvil y por lo tanto había una intención explícita de volver a instaurar escalas jerárquicas, salariales y sociales que garantizaran un mínimo de estabilidad a los equilibrios sociales dentro de la crisis.

Los niveles ya increíbles del déficit público han puesto rápidamente en crisis estas posibilidades de acuerdo, haciendo imposible una operación que restituyese a los obreros cuotas de salario monetario a través de un aligeramiento de la presión fiscal, mientras se reducían los gravámenes a cargo de las empresas fiscalizando (es decir, haciendo pagar a través de las tasas, directamente del Estado) las contribuciones sociales (caja de pensiones, enfermedad, fondo de desempleo, etc).

En el plano de las relaciones industriales habría habido un beneficio sensible para los patronos, haciendo gravar los costos sobre los trabajadores independientes, no a través de una disminución directa, sino a través de hacienda.

La superación de cualquier techo del déficit público –alimentado incesantemente por las emisiones del Tesoro que debe pagar intereses superiores a la tasa

de inflación para animar a los ahorradores— ha vuelto impracticable esta vía.

Hoy es imposible evitar que los trabajadores paguen de manera explícita los costos de la crisis, con un ulterior aumento del paro y/o con una disminución drástica de los salarios reales y/o con una ulterior carga fiscal, bien directa o indirectamente.

Los datos generales de la crisis confirman estos primeros relieves, se han superado los dos millones de desocupados, próximo al 10% de la fuerza de trabajo, en su mayoría jóvenes y altamente escolarizados; muchas grandes fábricas en crisis o empeñadas en procesos de reestructuración que exigen costes importantes en la fuerza de trabajo; los sectores de la pequeña industria y del trabajo negro, extremadamente dinámicos hasta hace pocos meses y que otras veces había permitido calmar los efectos la crisis en los sectores centrales de la industria, están también en crisis: con la diferencia de que aquí no hay fondo de desempleo sino únicamente despido. La mengua de los consumos de energía eléctrica para usos industriales confirma la contracción de hecho (-4%): es la más importante de los últimos 30 años y amenaza con agravarse.

La inflación, después de algunos meses de relativa calma, no solo continúa su ascenso (Guido Carli, ex-gobernador del Banco de Italia hablaba de una tasa tendencial comprendida entre el 21 y el 26%) además confirma que el techo del 16% supuesto por el gobierno para garantizar una serie de acuerdos sociales, debe ser considerado cada vez más como un pavimento que ningún esfuerzo consigue perforar.

La crisis política es el espejo de las incertidumbres que dominan los partidos: todos saben que en ausencia de radicales cambios sociales —que nadie quiere— las terapias son obligatorias: corte drástico de los salarios reales, incentivos al ahorro para financiar nuevas inversiones en tecnología que hagan más competitivas las industrias de punta en los mercados internacionales, reconstrucción de sólidas jerarquías salariales que hagan de dique a las previsibles reacciones de los sectores más débiles, marginados y miserables de la sociedad (por lo tanto de los parados, pensionistas, obreros con subsidio y en vías de despido, con bajos niveles en general —no cualificados— tanto en los sectores directamente productivos como entre el funcionariado).

Desde este punto de vista, la ideología de la profesionalidad con la que los sindicatos habían buscado hasta ahora conseguir consensos entre los trabajadores, alimentando divisiones y búsqueda de particularidades profesionales, muestra sus límites y su incapacidad de funcionar seriamente si no es sostenida por incentivos salariales adecuados y de

beneficios de «status» social (jerarquías y privilegios).

El hecho de que el partido de la mayoría (la DC) se haya vuelto hacia su hombre de mayor prestigio —como hombre «fuerte»— no deja dudas sobre la estrechez de los márgenes de mediación y sobre la necesidad de hacer engullir medicinas amargas a los asalariados, e incluso a los sectores sociales hasta ahora relativamente obsequiados. Naturalmente cada partido trata de hacer pagar más a los electores de los otros, pero no hay nadie que no se dé cuenta de la imposibilidad de ahorrar sacrificios a todos los sectores sociales. La contienda entre los partidos está derivando ya sobre la entidad de estos precios y la elección de los sectores que deberán pagar más y de qué modo. En el plano político, para la DC se trata de no perder el consenso de las capas medias, para los partidos laicos menores se trata de no perecer y para el PCI de no hipotecarse respecto a la tradicional base obrera: cada uno se repliega en la defensa de lo que tiene de más querido y todos muestran las uñas y los dientes.

La debilidad obrera en esta situación es evidente. La crisis y el paro, además de reducir el poder adquisitivo, ha reducido también la capacidad de contratación, la cohesión interna, el sentido de comunidad, liberando tendencias sectoriales y corporativas muy fuertes. Los sindicatos, si bien han mostrado explícitamente su papel de defensores del orden social existente, han sembrado un sentido de desconfianza y de resignación difícil de romper. En las fábricas y sus lugares de trabajo, se alternan y se funden desconfianzas, resignaciones, rabia, disidencia, incapacidad de expresarse de modo organizado, al lado de nuevos fermentos de antagonismo y momentos de ruptura con el aparato de las instituciones oficiales del sindicato.

La dureza insólita del lenguaje de los industriales (Mandello —vicepresidente de la Industria— en la prensa del 21/11 dice que el sindicato se verá obligado a plegarse frente a la disminución del 40-50% de la coyuntura que atiende las pagas de febrero, cuando se ponga en vigor el viejo mecanismo de cálculo y se vea en la imposibilidad de recurrir al alma de la huelga en una situación en la que las fábricas cierran) desconcierta a quien desde hace años está habituado a un lenguaje lleno de sofismas técnicos o ideológicos, para esconder la sustancia de las cosas. A esto corresponde la dureza también insólita del PCI y de amplios sectores del sindicato, que ve puesto en peligro su papel de mediador institucional, ve caer las afiliaciones y diluirse el consenso obrero y no consigue formular propuestas creíbles y practicables.

El proyecto de consulta propuesto sobre un proyecto de reducción de la inflación y de la modificación a la estructura del salario no ha

encontrado consensos superiores al 60% de los participantes en las asambleas, con una tasa de absentismo (incluso calculando solamente sobre la base del número de los afiliados a los sindicatos confederales) increíblemente alto: sobre casi 10 millones de afiliados no han participado más allá de 2 millones. Y es obvio que los datos –suministrados por el mismo sindicato– tienden a limitar el peso de la disidencia. Una consulta muy parecida –en un plano contra la inflación– había atraído algunos meses atrás una participación casi doble y una adhesión de cerca del 80%.

Frente a una pérdida de credibilidad de estas dimensiones el sindicato se encuentra desplazado: debe defender los equilibrios sociales existentes, so pena de su propia existencia, pero al mismo tiempo debe reconquistar la confianza de los obreros sin poder indicar algún objetivo serio sobre el cual movilizarlos; debe poder presentarse a los industriales como contrapartida de confianza, pero para serlo debe poder controlar el consenso de los obreros, tal como ha sucedido en los pasados años a través del mecanismo de la contratación colectiva –a niveles nacionales, regionales y de empresas que garantizaba algunos beneficios a los obreros a cambio de una tranquilidad en las relaciones industriales– programada trienalmente y verificada continuamente. Ahora el mecanismo parece estar próximo al punto de ruptura.

Contemporáneamente la unidad interna de la federación de los tres sindicatos (católicos-socialistas-comunistas) está sometida a tensiones que cada vez es más difícil remendar. Si bien es verdad que la pérdida de esta unidad rebajaría ulteriormente la credibilidad sindical, es también cierto que podría favorecer la continuación de las singulares corrientes y consentiría un retorno a asociaciones más caracterizadas en el plano ideológico, contraponiendo grupos de trabajadores, más bien de cualificación media, a otros grupos de trabajadores –no cualificados– o bien favorecería contradicciones entre el sector público y el privado.

Cierto es que el clima que se respira en las empresas es cada vez más tenso, especialmente en aquellas más tocadas por la crisis.

El hecho mismo de que un minúsculo partido como Democracia Proletaria haya podido de algún modo «guiar» la disidencia obrera contra la plataforma sobre la estructura del salario presentada por los sindicatos, con un papel y una resonancia desproporcionados respecto a su número y a su fuerza política –aunque fuera favorecido por la total inexistencia de fuerzas de oposición organizadas, tanto a su derecha como a su izquierda– es indicativo de cuán vasta es el área de disidencia.

La asamblea organizada precisamente en estos días por la DP para analizar la situación y lanzar una propuesta de oposición ha registrado tanto una participación masiva de delegados de fábrica y obreros, como una capacidad de articular el debate entrando en el fondo de la cuestión absolutamente desconocida en tiempos normales.

También esto indica hasta que punto el movimiento se orienta y pesa sobre el debate de las poquísimas estructuras organizadas de oposición presentes hoy.

Por otro lado se debe constatar el logro de los esfuerzos de las fuerzas sociales y políticas dominantes en crear divisiones respecto a los nudos dinámicos de la lucha de clases.

Los grupos armados han sufrido golpes durísimos de la represión, hasta el punto de que más que de organizaciones se puede hablar de grupos a la desbandada, con las armas en la mano. El nivel político de sus acciones es bajísimo, repetitivo, inútilmente sanguinario, fuertemente condicionado por las lógicas internas, que reproducen escisiones sobre escisiones. El «arrepentimiento» y la disociación han asumido caracteres de fenómeno político, signo de una crisis creciente. Incluso los elementos políticamente más preparados y éticamente mejores, denuncian desde dentro el fracaso y la clausura de la experiencia de la lucha armada, su distanciamiento de la realidad social y su asunción de carácter de fenómeno endémico e irreducible a lógicas de lucha social.

De esta forma cae uno de los instrumentos en torno al cual se habla cocinado la solidaridad nacional entre los diversos partidos del gobierno y oposición (en la «Defensa de las Instituciones Democráticas nacidas de la Resistencia») y sobre todo en torno al cual la habilidad del PCI y de los sindicatos había movilizado amplios sectores obreros utilizando su consenso en clave anti-extremista dentro de la lucha social.

Incluso la mafia, la camorra y la delincuencia en general, si por un cierto período han representado un objetivo contra el cual luchar (¿pero cómo, aparte de manifestaciones tan inútiles como simbólicas?) y sobre todo en torno al cual añadir consenso, relegando la lucha real a los aparatos represivos del estado, muestran su inutilidad. Los éxitos del estado en este terreno no mejoran las condiciones de vida de los proletarios, ni influyen sensiblemente en su existencia, aunque suministran alguna gratificación ideológica, es de todos modos cada vez menos espectacular. El sentimiento de cansancio y de hábito a estas dinámicas las hace poco útiles a largo plazo, especialmente en las fases agudas del enfrentamiento y sobre todo requiere nuevos y espectaculares golpes de escena, nuevos descubrimientos que atraigan la atención de los espectadores. Lo cual, fuera de un cierto límite, es casi imposible.

Las perspectivas a corto plazo vendrán influenciadas por lo siguiente:

- 1) La capacidad del nuevo gobierno de ofrecer a patronos y sindicatos un cuadro legislativo real, que favorezca un acuerdo y reparta de modo «equitativo» los sacrificios. Un cierto rigor en la distribución de los sacrificios entre los distintos sectores sociales sería un tónico seguro para la paz social.
- 2) El temor del PCI y de amplios sectores del sindicato de perder consenso entre los trabajadores, podría llevar a estas fuerzas a iniciar dinámicas y reivindicaciones no fácilmente controlables por quien en un principio las ha promovido. Será esencial para estas fuerzas un equilibrio entre moderación sustancial y dureza a los ojos de los trabajadores. A esto está condicionada la renovación de la credibilidad entre los obreros y consecuentemente frente a los industriales: si no llevan consenso no sirven para nada.
- 3) La posibilidad de agregarse grupos organizados más o menos consistentes que orienten la disidencia obrera y eviten las mediaciones típicas

de los partidillos neo-institucionales que han sucedido al 68 (de los cuales el PDUP y DP son las últimas descendencias). Desde este punto de vista, la situación es parangonable a las de las luchas en el P.I. del 1979, donde la ausencia de una capa política organizada favoreció la ruptura respecto a la lógica de las mediaciones institucionales, mientras la contemporánea presencia de esta capa no organizada separadamente ha favorecido la agregación de comités y organismos internos que han funcionado de cerebro de la lucha misma. Hoy la situación es socialmente menos homogénea, los residuos de la vieja capa política más pulverizados y abatidos, pero el campo está despejado de los tradicionales mediadores institucionales: dureza de las luchas y su escasa posibilidad de conducción a la lógica de las compatibilidades del capital parece ser la característica dominante del ciclo que tenemos delante, mezclada a su criminalización y sectorialización.

Florencia, noviembre 1982



Robledano

